



Tesis doctoral

Departamento de Sociología

**Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales
Universidad Autónoma de Madrid**

Título: Presión corporal y mercado de trabajo: un estudio sociológico sobre trabajadoras con capital estético

Autor: José Luis Moreno Pestaña

**Tesis doctoral por compendio de trabajos dirigida por
Dr. D. Cristóbal Torres Albero**

Tabla de contenido

Resumen	5
Agradecimientos	7
Sobre el corpus de este dossier de tesis por compilación de publicaciones	9
Preámbulo sobre qué tipo de investigación se ofrece aquí	10
Capítulo I. Enfermedad mental y sociología	12
De Goffman a Foucault	12
Sociología de la enfermedad mental y trabajo	13
Capítulo II. Recursos corporales y capitalización del cuerpo	19
Dos planos de análisis	19
Historia y teoría de la construcción de la delgadez como equivalente universal	20
La discusión del concepto de capital erótico	27
Capítulo III. Trastornos alimentarios y capital erótico	33
Poder, deferencia y juegos estéticos	33
Un mapa del mercado de trabajo como mercado corporal	38
Conclusión: un campo de trabajo abierto	41
Un hecho institucional plural: la capitalización del cuerpo	41
Conflictos sobre el cuerpo: clarificar las reglas regulativas	43
Del capital erótico a la razón erótica	49
Ajustamiento, justicia, ágape	51
Bibliografía citada	55
Aportaciones incluidas en el dossier	
Primera aportación: “Postface: dialogue sur les dispositions corporelles et l’ascétisme”, <i>La classe du corps. Morale corporelle et troubles alimentaires</i> , Limoges, PULIM, 2016, pp. 311-326	58

Segunda aportación: “El poder psiquiátrico y la sociología de la enfermedad mental: un balance”, <i>Sociología Histórica</i> , n° 5, 2015, pp. 127-164	78
Tercera aportación: “Sobre el capital erótico como capital cultural”, <i>Revista Internacional de Sociología</i> , vol. 74, n° 1, 2016 (con Carlos Bruquetas)	117
Cuarta aportación: “Qué nos enseña el capital erótico para pensar el capital cultural”, <i>Educação e sociedade</i> , vol. 36, n° 130, 2015, pp. 161-179	134
Quinta aportación: “Le marché préfère les minces”, <i>La Vie des idées</i> , 4 février 2015	155
Sexta aportación: “Souci du corps et identité professionnelle. Enquête sur les “jeux esthétiques” au travail et les troubles alimentaires”, <i>Actes de la recherche en sciences sociales</i> , n° 208, 2015/3, pp. 88-101	166
Séptima aportación: “Haro sur le gros”, <i>Actes de la recherche en sciences sociales</i> , n° 208, 2015/3, pp. 4-13	182
Octava aportación: “Mercado de trabajo y trastornos alimentarios: las condiciones morales y políticas de la resistencia”, <i>Dilemata. Revista internacional de Éticas Aplicadas</i> , n° 12, 2013, pp. 143-169	194

Resumen

Esta tesis doctoral reúne un compendio de trabajos publicados que incluyen capítulos de libro, artículos en revistas de impacto, la coordinación de un número de revista y un libro. En este conjunto de trabajos se ha pretendido explorar la vinculación entre enfermedad mental, capital erótico y mercado de trabajo. La argumentación sociológica puede separarse en tres planos.

En primer lugar, el trabajo presume de reconstruir, en trabajos obreros o trabajos cualificados, secuencias de trastornos alimentarios en cuya eclosión, activación o desencadenamiento jugaron un papel de primer orden: las condiciones de reclutamiento de la fuerza de trabajo, las exigencias implícitas en el puesto —a veces exigencias explícitas—, las demandas de los objetos con los que se trabaja —por ejemplo, las tallas de ropa o los formatos de exhibición del periodista—, en fin, las dinámicas de promoción que, con reclamos reconocidos o no, las trabajadoras acaban conociendo. Pero también se detectan excepciones en dos ámbitos. Un primer ámbito: las detecta en el seno de los mismos empleos. ¿Dónde? En pautas alternativas de definición del oficio de camarera, en las luchas por imponer qué es una buena vendedora; es decir, lo hace en el corazón de los empleos donde existe más presión corporal y donde la fuerza de trabajo tiene más que ganar con la inversión estética. Y eso es capaz de hacerlo porque sigue un precepto de la investigación racionalista en ciencias sociales. ¿Cuál es ese precepto? Busca el objeto que objeta, busca lo que disiente de la tendencia, persigue las magnitudes no mayoritarias e intenta comprender cómo son posibles. Esto es: busca camareras que rechacen el trabajo corporal y reivindiquen el oficio de barman, mujeres muy gordas que triunfan en tiendas de moda normalmente gordófobas.

La delimitación de un acontecimiento empírico debe ser integrado en lo que nuestros clásicos llamaban relaciones de imputación causal, dinámicas en las cuales nuestros eventos queden vinculados a otros eventos antecedentes. En ese punto, este conjunto de trabajos se ha guiado por una recomendación. Viene de una tradición de crítica de las ideologías y de las relaciones de dominación simbólicas. Debe desconfiarse de las jerarquías simbólicas e debe intentarse prestar atención preferente y cuidadosa a aquello que más se tiende a menospreciar. La inversión corporal, la capacidad para descodificar objetos, para integrarlos en una manera de ser y de estar, el esfuerzo por aprender sobre cosmética, ropa, complementos, vínculos entre peinado y profesión: ¿no es un esfuerzo cultural como cualquier otro? ¿No requiere entrenamiento, atención y elaboración intelectual? ¿Por qué se identifica con la superficialidad? ¿No será que como todas las virtudes de los dominados son ambiguas y el elogio se despeña —casi en la frase siguiente— en reproche? Por tanto, segunda aportación de estos trabajos: el capital erótico puede ser incluido como una especie

de capital cultural. Capital cultural dominado, que conoce procesos tremendamente escasos de institucionalización. Y eso que lo hace diferente respecto de otros —por ejemplo, del capital cultural consagrado académicamente— conduce al tercer plano. ¿Existen otras maneras de vincular el capital erótico con otros eventos antecedentes? Por supuesto: siempre y cuando se demuestre que animan programas de investigación más ricos o consideraciones conceptuales más precisas.

Este dossier integra las secuencias empíricas y los vínculos causales, dentro de una teoría del capital corporal, de los procesos inestables de capitalización del cuerpo: es la parte más arriesgada teóricamente, fruto de una integración razonada de investigación fundamentalmente histórica. Los procesos de capitalización solo tienen sentido cuando existen mercados de precios relativamente estables, es decir, pautas sociales con cierta extensión y permanencia, que recompensan prototipos corporales. Y para que existan prototipos corporales que se estabilicen tienen que ensamblarse tres acontecimientos, cuya historia se intenta reconstruir y cuya crisis se dilucida en los dilemas con los que se enfrentan las personas. En primer lugar, el cuerpo debe estar pedagógicamente disponible, debe creerse que puede transformarse el cuerpo según nuestra voluntad y que tal operación es positiva y saludable. En segundo lugar, han de instalarse prototipos de belleza comunes y para ello deben eliminarse todos los contextos en los cuales, con más o menos ambigüedad, con más o menos resentimiento o ambivalencia, se viven otros modelos de belleza alternativos. En tercer lugar, debe atribuirse a la belleza (o a su fetiche, la delgadez) un valor moral.

Solo con esos tres planos anudados puede hablarse de un capital corporal, donde la delgadez es sinónimo de salud, de belleza y de cuidado moral de uno mismo. Los modelos dominantes de delgadez presionan los contextos médicos y los impulsa a olvidar las dietas fallidas, las correlaciones entre sobrepeso y salud, las dificultades para someter el cuerpo al imperio de un plan racional. También presiona los modelos de belleza alternativos que no solo se encuentran en contextos sociales específicos, sino también en la experiencia de mucha gente que aprende que una cosa es el cuerpo que exhibir y otra el cuerpo que amar y que gozar. La delgadez presiona también las pautas morales e ignora que la belleza física no significa nada o puede significar (o no), como en la antigua Grecia, incuria política, desatención intelectual, tiempo perdido que merecía mejor empleo. En fin, los procesos de capitalización del cuerpo, como cualquier proceso de capitalización, son objeto de luchas. En ese sentido, se habla también sobre políticas del cuerpo: en el campo de la salud, en los modelos de desunificación de los patrones de belleza, en fin, en el cuestionamiento de cómo se liga delgadez con moralidad. En cada uno de tales campos se señalan asunciones arbitrarias y se abre un espacio a su contestación política.

Agradecimientos

Este conjunto de publicaciones tiene muchas personas que merecen agradecimiento. En primer lugar, los sociólogos Francisco Manuel Carballo Rodríguez y Carlos Bruquetas Callejo y las antropólogas Margarita Huete Gallardo y Adriana Razquin Mangado: los cuatro me ayudaron en la investigación sobre la que nació este trabajo. Mi reconocimiento va también a Antonio Garrido Porras quien hizo todo lo posible para acogerla bien institucionalmente y que se encuentra convencido del valor terapéutico de acercamientos como el mío.

Posteriormente, el trabajo fue presentado ante colegas, tanto lo que me dijeron cuanto lo que me insinaron me ha sido muy útil. Una primera intervención se produjo en el XI Congreso Nacional de Sociología (Madrid, 2013), específicamente en el grupo de Sociología del Consumo. Luis Enrique Alonso, Carlos Jesús Fernández Rodríguez y Manuel Rodríguez Victoriano plantearon cuestiones de mucho valor. El 12 de marzo de 2014 pude presentar mi trabajo en el Seminario Bourdieu de la Universidad Complutense de Madrid. Miguel Alhambra Delgado y Yeray Zamorano Díaz animaron, entre muchos otros, una densa discusión. Antonio Benedito me invitó a presentarlo, en un ambiente de interés y simpatía, en el Departamento de Sociología de la Universidad de Valencia el 11 de diciembre de 2014. A la misma Universidad volví, esta vez invitado por Lucía Gómez Sánchez y en el marco del Master de Género y Políticas de Igualdad. Fue el 20 de mayo de 2016 y me permitió continuar una conversación con la profesora Gómez Sánchez y las estudiantes del Master. Cuánto aprecio lo que me dijeron deseo que se refleje en las páginas que siguen.

Este trabajo se ha acompañado de una reflexión constante sobre la enfermedad mental y la sociología. Para la misma fueron muy importantes tres espacios de enseñanza e investigación. El 23 de febrero de 2015 intervine en el Seminario Foucault en Sorbona, invitado por el profesor de Filosofía en la Universidad de París I Jean-François Braunstein. En Marzo de 2015 y Marzo de 2016 fui profesor invitado en el Departamento de Sociología de la Universidad de Limoges, gracias a mis colegas Marie-Pierre Pouly y Cristophe Gaubert. El 7 de mayo de 2015 pude conferenciar en el III Congreso sobre la actualidad de Michel Foucault, celebrado en la Universidad Complutense de Madrid. El texto "El poder psiquiátrico y la sociología de la enfermedad mental: un balance" tuvo que confrontarse a públicos exigentes y mucho de bueno recibió de ellos. El intercambio permanente con los profesores Gaubert y Braunstein constituye una enorme fuente de ideas y un acicate para la precisión. En fin, quiero agradecer a Franck Poupeau su apoyo a mi trabajo y su impulso para coordinar y publicar el número monográfico "Le poids des corps" en *Actes de la recherche en sciences sociales*.

Igualmente importante fue poder abrir el coloquio "Corps, travail et genre" celebrado en París el 7 de diciembre de 2015, en el que presenté resumidamente el conjunto de la investigación que ocupa este dossier. El día 22 de abril de 2016 Ramón Ramos y Concepción Castrillo tuvieron a bien invitarme al Instituto sobre las Transformaciones Sociales (TRANSOC) para hablar de "La cara oscura del capital erótico". Aquel debate se deja sentir en este documento, especialmente en la parte final consagrada al problema de la racionalidad erótica.

La Universidad de Cádiz acogió en 2015 el VII Congreso de la Sociedad Académica de Filosofía, proponiéndome el honor de cerrarlo con una intervención que recoge el primer capítulo de *La cara oscura del capital erótico*. La intervención quedó registrada y quien visiona el animadísimo debate posterior comprenderá porqué quedo tan reconocido a mis colegas de la Sociedad. Previamente, en el VI congreso celebrado en la Universidad Carlos III en 2013, pude presentar una comunicación sobre la marcha de mi investigación.

Cristóbal Torres Alberó, director de esta tesis, es un amigo que siempre piensa en lo mejor para mí, en lo personal y en lo profesional. Como diría Spinoza, eso es tan difícil como raro.

Sobre el corpus de este dossier de tesis por compilación de publicaciones

El presente dossier se encuentra compuesto por los siguientes trabajos

Un libro de mi autoría: *La cara oscura del capital erótico. Capitalización del cuerpo y trastornos alimentarios*, Madrid, Akal, 2016 (colección “Pensamiento crítico”), 400 páginas. Este libro integra y explica mucho (aunque no todo) de lo presentado como artículos. Publicado en setiembre de 2016, tuvo una segunda edición en noviembre del mismo año.

Integra también el dossier el número monográfico que coordiné en *Actes de la recherche en sciences sociales*, n° 208, 2015/3. <https://www.cairn.info/revue-actes-de-la-recherche-en-sciences-sociales-2015-3.htm>

El resto del documento puede ser dividido en secciones temáticas

a) *Dos publicaciones sobre sociología de la enfermedad mental*

-(con Christophe Gaubert y Marie-Pierre Pouly), “Postface: dialogue sur les dispositions corporelles et l’ascétisme”, *La classe du corps. Morale corporelle et troubles alimentaires*, Limoges, PULIM, pp. 311-326. El volumen es una edición francesa (con cambios de entidad, entre ellos el postfacio) de mi libro *Moral corporal trastornos alimentarios y clase social*, Madrid, CIS, 2010.

-"El poder psiquiátrico y la sociología de la enfermedad mental: un balance", *Sociología Histórica*, n° 5, 2015, pp. 127-164. <https://digitum.um.es/xmlui/handle/10201/47485>. El artículo apareció también como capítulo del libro colectivo editado por Rodrigo Castro Orellana y Adán Salinas Araya, *La actualidad de Michel Foucault*, Madrid, Escolar y Mayo, 2016, pp. 53-67.

b) *Dos artículos sobre el concepto de capital erótico*

-(Con Carlos Bruquetas Callejo), “Sobre el capital erótico como capital cultural”, *Revista Internacional de Sociología*, vol. 74, n° 1, 2016. e024. doi: <http://dx.doi.org/10.3989/ris.2016.74.1.024>

-"Qué nos enseña el capital erótico para pensar el capital cultural", *Educação e sociedade*, vol. 36, n° 130, 2015, pp. 161-179. <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=87339466010>

c) *Dos artículos sobre mercado de trabajo y trastornos alimentarios*

-"Le marché préfère les minces", *La Vie des idées*, 4 février 2015. <http://www.laviedesidees.fr/Le-marche-prefere-les-minces.html>

-"Souci du corps et identité professionnelle. Enquête sur les “jeux esthétiques” au travail et les troubles alimentaires”, *Actes de la recherche en sciences sociales*, n° 208, 2015/3, pp. 88-101. https://www.cairn.info/resume.php?ID_ARTICLE=ARSS_208_0088

d) *Dos artículos sobre políticas del cuerpo y trastornos alimentarios*

-"Haro sur le gros", *Actes de la recherche en sciences sociales*, n° 208, 2015/3, pp. 4-13. https://www.cairn.info/load_pdf.php?download=1&ID_ARTICLE=ARSS_208_0004

-"Mercado de trabajo y trastornos alimentarios: las condiciones morales y políticas de la resistencia", *Dilemata. Revista internacional de Éticas Aplicadas*, n° 12, 2013, pp. 143-169. <http://www.dilemata.net/revista/index.php/dilemata/article/view/219>

Preámbulo sobre qué tipo de investigación se ofrece aquí

Este dossier está constituido por un trabajo empírico, cuyo primer objetivo fue una investigación sobre el mercado de trabajo femenino y los trastornos alimentarios. El lector tiene lo más relevante del contexto en el que se produce la investigación en el apéndice metodológico contenido en mi libro *La cara oscura del capital erótico. Capitalización del cuerpo y trastornos alimentarios* (Madrid, Akal, 2016, pp. 359-370). Permítaseme añadir, intentando no reiterarme, cuatro cuestiones que me parecen de interés.

1) La primera, referente al proceso de producción de datos empíricos. Tres han sido los dispositivos de investigación con los que se han generado.

Por un lado, sobre los datos de la Encuesta Nacional de Salud, se ha interrogado la correlación entre el Índice de Masa Corporal y las distintas categorías de la Clasificación Nacional de Ocupaciones. Los datos que así emergieron fueron conduciendo la búsqueda de sujetos a los que entrevistar sobre sus condiciones de trabajo, si bien sobre algunos muy relevantes (profesionales de la salud) mi acceso fue menor que el deseado.

Por otro lado, y debido a las restricciones presupuestarias, sólo pudieron planificarse tres grupos de discusión de una de las categorías socioprofesionales más interesantes: la de vendedoras, que conjugan sueldos y condiciones de trabajo humildes con importantes presiones estéticas. Suponíamos que en los tres se daban tales presiones pero que estas se concentrarían en las vendedoras que entraron más tarde a trabajar y que trabajaban en centros comerciales de una gran ciudad reputada en la moda. Primero pensamos que después de 2000, los problemas de captación impusieron ampliar las fechas hasta 1995. Inferior presión estética, pero existente, se produciría entre trabajadoras de una ciudad con menor población y algo menos conocida en el mundo de la moda y que comenzaron antes de 1995. Por supuesto, las fechas eran una simple orientación y la persona que captaba debía asegurarse de si la persona tenía una amplia trayectoria o no en el sector. El último grupo reunía trabajadoras de generaciones diferentes que trabajan en una zona similar a la del primer grupo. En los tres se habló de los trastornos alimentarios en el trabajo, aunque en el segundo apareció más tarde. Los grupos se introducían con la cuestión: ¿cómo afecta nuestro aspecto al trabajo que realizamos? La pregunta era demasiado directa pero dadas las censuras habituales para hablar del cuerpo se temía que los grupos se consumieran sin abordar la cuestión. La pregunta permitía un campo semántico lo suficientemente amplio para extenderse sobre distintos usos del cuerpo, desde la fatiga ligada al empleo, la corrección estética y la comodidad de los uniformes hasta los procesos reflexivos de transformación de la morfología. Los datos generados

en los grupos han sido, sin lugar a dudas, los más ricos acerca de las conexiones entre condiciones de trabajo y trastornos alimentarios.

Para terminar, se han realizado 45 entrevistas, todas con personas que presumían aportar información relevante, ya sea, las menos, por su especial situación de observación, ya sea porque reconocían tener conocimiento y experiencia sobre la vinculación entre delgadez y condiciones de trabajo, a menudo, además, de la vinculación de ambas con los trastornos alimentarios.

El exceso de material cualitativo permite una razonable conciencia de lo bien fundado de lo que se escribe, pero tiene un problema enorme para ser introducido, con la densidad que requiere, dentro de una narración. He intentado arreglarlo identificando quién habla y el lugar específico que juega en mi argumentación (véase las páginas 389 y siguientes de *La cara oscura del capital erótico*). El recurso, bien conocido en la novela novecentista, me parece que mejora la habitual presentación de entrevistas y grupos de discusión.

2) Los resultados producidos se ordenaban en marcos extraídos de mi trabajo crítico del concepto de capital erótico. Es decir, se abrían clasificaciones sobre la presencia o no de capital erótico encarnado, institucionalizado u objetivado. Una discusión de la tradición inspirada de cerca o de lejos en Bourdieu permitió una primera ordenación sociológica de cuanto se analizaba. Precisiones respecto de las formas de encarnación recibí también de la lectura de la obra de Enrique Gil Calvo, *Medias miradas. Un análisis cultural de la imagen femenina* (Barcelona, Anagrama, 2000). Con ambos modelos fui reescribiendo perfiles de las informaciones disponibles: cada sujeto proponía formas de capital cultural erótico incorporada, institucionalizada y objetivada y, dentro de la incorporada, centrada en la dimensión carnal o en la corrección estética ambas dos contribuían más o menos a su identidad profesional.

3) Finalmente, y ya a un tercer nivel, propongo una teoría del cuerpo como capital, que no se encuentra en Bourdieu, y que debe mucho a un diálogo con autores de la teoría marxista (entre los cuales: Juan Carlos Rodríguez y David Harvey) y a la reconstrucción de la posición del cuerpo en las diversas formaciones sociales (los libros de Georges Vigarello para el periodo que comienza en el Medievo y de Robin Osborne para la Antigüedad Griega me han sido de enorme ayuda). Los dislates intelectuales, cometidos en tan buena compañía, solo a mí deben achacárseme.

He intentado que la introducción a este dossier me sirva para reflexionar sobre lo presentado. Se propone un texto completamente original, donde ciertas cuestiones se abordan con un sesgo distinto o se las analiza desde perspectivas nuevas.

Capítulo I. Enfermedad mental y sociología

De Goffman a Foucault

Durante mucho tiempo, la sociología de la enfermedad mental se concentró en el estudio crítico de las profesiones. Fue una línea inaugurada por Everett Hughes quien exigía, con buen sentido, desconfiar de cómo las profesiones prestigiosas imponían a los investigadores una visión encantada de su quehacer. En esa línea, de lo que se conoció como Segunda Escuela de Chicago, se produjeron trabajos clásicos sobre la desviación (Howard Becker, *Outsiders*) o sobre la enfermedad mental (Goffman, *Internados*) que han marcado duraderamente la perspectiva de la sociología crítica. Dicha tradición conectó con otra, específicamente francesa, de crítica epistemológica de la psiquiatría: Michel Foucault, y ya en la sociología Robert Castel, fueron sus máximos representantes.

Por el camino, Goffman se había salido de la nueva ortodoxia. “Insanity in place”, publicado en 1968 y traducido al francés en 1973, planteaba una durísima crítica del sociologismo. Éste, nos advertía, tiende a olvidar el tipo de conflictos específicos de la enfermedad mental; conflictos que no pueden aglomerarse sin problemas con los conflictos políticos o con las singularizaciones subversivas. Comprender cuáles son los conflictos específicos que produce la enfermedad mental exige ver qué estragos causa en la convivencia cotidiana. Y Goffman nos propone una fórmula que no nos retrotrae a ningún tipo de locura esencial. La enfermedad mental impide habitar un espacio común con alguien que nos propone una identidad imposible de soportar. Tal vez con otros interlocutores y en otro espacio social (con distintos recursos materiales y simbólicos), el estrago desaparecería y la enfermedad mental pasaría a ser comportamiento adaptado.

Mas la idea de Goffman tardó en abrirse paso. Tanto, que casi puede decirse que el Goffman de *Internados* se tragó al de “La locura en el lugar”. En el caso específico de Michel Foucault, la presunta influencia, si no se produjo, al menos podía haberse maridado con su versión más compleja del quehacer de la psiquiatría, donde se la mostraba categorizando desviaciones susceptibles de gestión profana, pero siempre causando profundos disturbios íntimos para quienes las protagonizaban, ya sea como actores principales o actores de contexto. La versión más crítica de la psiquiatría, por el contrario, la sometía a una férula epistemológica severísima: incapaz de realizar los diagnósticos diferenciales de la medicina inspirada en la anatomía patológica, la psiquiatría encubría bajo retórica científica una empresa de domesticación de la diferencia. Resonaban allí, mucho más sofisticadas, las ideas de Thomas Szasz, el psiquiatra húngaro-americano, que separaba

las enfermedades orgánicas de las mentales y convertía a estas en mitología. Dicha perspectiva ya se encontraba en el Becker de *Outsiders* y en ciertos desarrollos de Goffman.

Sobre tales perspectivas, y para definir la mía, puede consultarse un artículo y un postfacio presentes en este dossier. El primero se titula “El poder psiquiátrico y la sociología de la enfermedad mental: un balance” y ha sido publicado en *Sociología Histórica*, n° 5, 2015, pp. 127-164 (número especial “Biopolítica y ciencias sociales”, coordinado por Salvador Cayuela Sánchez) y en el libro coordinado por Rodrigo Castro y Adán Sánchez, *La actualidad de Michel Foucault*, Madrid, Escolar y Mayo, 2016, pp. 53-87.

El postfacio se publica en José Luis Moreno Pestaña, Christophe Gaubert y Marie-Pierre Pouly, “Postface: dialogue sur les dispositions corporelles et l’ascetisme”, José Luis Moreno Pestaña, *La classe du corps. Morale corporelle et troubles alimentaires*, Limoges, Presses Universitaires de Limoges, 2016, pp. 311-326 (traducción de Philippe Hunt, revisión de Marie-Pierre Pouly). Este libro es la versión francesa de mi trabajo *Moral corporal, trastornos alimentarios y clase social*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 2010. El documento referido, en diálogo crítico con dos sociólogos formados conmigo en la escuela del *Centre de sociologie européenne*, permite poner en perspectiva mis dos trabajos sobre los trastornos alimentarios, el que aquí se presenta y el traducido al francés. Mi intento, inspirado por Goffman pero también por Merleau-Ponty (quien tenía un papel más importante en la obra de 2010), de leer la enfermedad mental como conflicto radical de hábitos, conflicto que toca la articulación misma de la vida social en común, se gesta ahora dirigiendo la mirada hacia las normas de vida impuestas por una determinada configuración del mercado de trabajo femenino.

Ian Hacking ha defendido uno de los modelos más productivos de análisis de la enfermedad mental. En el capítulo III del libro *La cara oscura del capital erótico. Capitalización del cuerpo y trastornos alimentarios*, Madrid, Akal, 2016, utilizo su teoría de los nichos ecológicos de las enfermedades mentales transitorias a los trastornos alimentarios. Mi acercamiento pretende definir los componentes estructurales que permiten la existencia durante más de un siglo de enfermedades autónomas alrededor de la alimentación y la imagen.

Sociología de la enfermedad mental y trabajo

Como se señala en el artículo de *Sociología Histórica*, el antiguo interés (previo a la concentración de la sociología en la crítica de la psiquiatría) por el vínculo entre trabajo y enfermedad mental merece reactivarse. Ahora bien, suponer que la sociología tiene que asumir las categorizaciones de la psiquiatría y darles apoyo sociológico (por ejemplo, contextualizando su

epidemiología) es olvidar qué nos permite ver de específico el razonamiento sociológico. Las ciencias humanas en general, y la sociología en particular, pueden analizar las enfermedades mentales con otros principios de descripción e introduciendo los datos en otros esquemas conceptuales.

Recuperar la descripción contextual de la enfermedad mental no supone olvidar la crítica del cientificismo psiquiátrico. La normalidad social siempre es el resultado de relaciones de fuerza y, por tanto, las faltas en la interacción que denominamos locura nunca son esencialmente patológicas: podrían ejecutarse —concedo que a veces con mucho esfuerzo...— variaciones imaginarias u observaciones reales de espacios sociales en los cuales resultasen adaptadas. Tales entornos, por lo demás, pueden estar relativamente próximos de aquel en el que habita el individuo. Desgraciadamente algún rasgo de su conducta, alguna de sus propiedades sociales (ingresos, redes, cultura), le impide integrarse exitosamente en él. La vida de una profesora con bulimia podía ser la de una actriz equilibrada entre maestros zen y entrenadores. Su error estriba en creer que cualquier cuerpo se encuentra al alcance de cualquiera, voluntad mediante. Pero en relatos semejantes cree más de un ciudadano de las sociedades liberales, consagrando a tales mitos buena parte de sus desvelos y sufrimientos.

El enfoque propuesto se separa claramente del promovido por otros. Sirva como ejemplo un análisis sobre el Reino Unido, donde el reciente interés institucional por los costes mentales del trabajo se acompaña de la implementación de la terapia cognitivo-comportamental. Ésta, como señalan Walker y Fincham (2011: 154-155), presume la evidencia del trabajo tal cual es y se centra en la remodelación de los individuos y sus emociones. De hecho, un informe gubernamental proponía la vuelta al trabajo como clave para la resolución de los atolladeros psicológicos. Las dificultades para ello siempre caen del lado de los sujetos, los cuales deben habilitar, manejando sus recursos subjetivos, un balance vida-trabajo exitoso: impidiendo que el segundo acogote la primera, adaptando aquella a los requerimientos de este; por supuesto, sin cuestionar ni por un momento la inestabilidad laboral, los bajos salarios, las formas de gestión de personal, etc. Gobierno y profesionales, siempre según esta perspectiva, asumen que el trabajo, racionalmente manejado, resulta positivo para la salud mental. Ahora bien, como creo quedará claro tras la lectura de los trabajos incluidos en este dossier, puede sostenerse lo contrario: el trabajo puede ser un vector de inestabilidad mental. En ésta no solo intervienen, que también, la idiosincrasia de los afectados: además lo hacen la inseguridad de las relaciones laborales y las relaciones de dominación en las que se enclava el individuo. Relaciones de dominación en el trabajo, dentro de la estructura de clases y dentro de dinámicas internacionales que trascienden su realidad inmediata. Así, las jornadas extenuantes de las vendedoras de tiendas de moda, cuando se compaginan con su transmisión de un canon estético de elite, pueden producir enormes estragos y lo mismo sucede con una periodista cuyo trabajo soporta el parasitismo de un patrón estético caprichoso. Desde esa perspectiva, lejos de

ser solo un problema subjetivo, la enfermedad mental puede ser un revelador de injusticia estructural, injusticia que, no lo olvidemos, solo existe con el concurso de los implicados. Si olvidamos lo último convertimos al sujeto en un mero paciente de los efectos estructurales; olvidamos también cuánto le cuesta rebelarse contra la dominación, incluso cuando ésta arrasa con su salud.

Cuanto digo se comprende mejor en discusión con otros paradigmas. La teoría del estrés en el trabajo muestra la complejidad del vínculo entre trabajo y salud mental. La teoría del estrés se apoya en la idea de que un conjunto de cambios en una esfera vital provoca una desorganización enorme en el conjunto de la existencia e introduce al individuo en una enfermedad mental (Cockerham, 2000: 83). La prevención dominante del estrés propone, como se ha referido, mejorar los equilibrios entre las áreas de la existencia para reducir el impacto. En ese sentido, el estrés, en su versión más extendida,¹ se acopla fácilmente con lectura neoliberal de los efectos perniciosos del trabajo, sin cuestionar las relaciones de fuerza que lo configuran. Mas no conviene exagerar la crítica. También los individuos, resguardándose en el estrés, se defienden de las compulsiones laborales más duras y de sus efectos deletéreos (Walker, Fincham, 2011: 70, 81). Los trabajadores asumen un marco neoliberal de su malestar pero, a la vez, se distancian de los aspectos más demoledores de su trabajo. El análisis, por tanto, requiere tres planos: primero, el de las condiciones de trabajo, después, el de los procesos de desorganización personas y social que provocan, en fin, el de las maneras de hacerles frente por parte de los agentes. En la intersección entre las condiciones laborales, los ecosistemas de los individuos y los modos de simbolizar los problemas se encuentra la clave de una descripción sociológica de la enfermedad mental en el trabajo

Para lo cual, debe recuperarse un problema que ciertos modelos foucaultianos (y existen, como intento demostrar, otras lecturas posibles de Foucault) evacuaron de la agenda sociológica: la descripción de las situaciones de la locura y de sus condicionantes socioeconómicos. Pero debe hacerse recogiendo las aportaciones críticas de los modelos secuenciales de desviación: la historia de la enfermedad mental y el trabajo es eso, una historia compleja, que debe narrarse en la intersección de diversos planos. El desafío lo han consignado Walker y Fincham (2011: 38):

¹ Existe una enorme literatura acerca del estrés y la crítica que aquí se hace corresponde a un uso neoliberal de la teoría del estrés —inspirado, a menudo, en la psicología del trabajo—. Una definición sociológica de la teoría del estrés ha sido propuesta por Mark Tausig y Rudy Fenwick (2011: 168-169): el estrés en las condiciones de trabajo se encuentra determinado por tres dimensiones sistémicas (estructuras de desigualdad social, macroeconomía y entorno social e institucional), por estructuras sociales de alcance intermedio (mercado de trabajo y estructura organizacional) que generarían condiciones de trabajo y agresiones a la salud y el bienestar de los trabajadores. No utilizo la conceptualización del estrés ni de sus indicadores (busco, específicamente, un trastorno concreto, que no creo pueda ser englobado en el estrés) pero reconozco en el modelo de Tausig y Fenwick comunidad de tareas de descripción sociológica. Las dimensiones étnicas, de clase, de género y de ciudadanía, las relaciones vecinales, las interpersonales y la política exponen a los individuos a riesgos desiguales y los dotan con diversos recursos para afrontarlos. Los efectos en la salud son desiguales y destructivos para los más expuestos y con menos recursos.

“Sabemos relativamente poco acerca de cómo, exactamente, [en la] compleja matriz de las relaciones sociales, económicas y políticas interactúan unas con otras dentro de los espacios donde la gente intenta gestionar su salud mental y la salud mental de otros. [...] Hasta la fecha nos falta trabajo detallado que explore los caminos por los cuales las experiencias de salud mental en el trabajo se construyen, se negocian, se condicionan y al mismo tiempo marginan”.

La descripción de los estragos de las relaciones laborales y la subjetividad ha sido abordado por la corriente de la psicopatología del trabajo, cuyo representante más conocido es el psicoanalista francés Christophe Dejours. En su perspectiva, el sufrimiento y la enfermedad se enclavan en el cruce de las relaciones de dominación y de la experiencia subjetiva. Cada trabajo contiene una serie de exigencias ergonómicas que conectan, o no, con diversos equipamientos libidinales y formas de conducción de la excitación. Las exigencias ergonómicas incluyen los objetivos explícitos pero también un conjunto de actividades implícitas, en las que se revela la realidad del trabajo —a menudo, sin que las obligaciones explícitamente asignadas las contemplen—. Una profesora de canto debe, según sus tareas explícitas, cuidar su voz: según las actividades de hecho a las que se enfrenta debe, y mucho, vigilar su línea, ya que su apariencia física influye grandemente en su triunfo profesional. Una y otra pueden ser actividades imposibles de anudar subjetivamente.

Confrontados a tales condiciones, los sujetos sufren pero también asumen las exigencias como parte de su identidad. Dependiendo de su historia personal, son más o menos capaces de transformar las exigencias en fuentes de satisfacción: existe un continuo, en la relación de cada cual con su trabajo, entre sufrimiento y placer. En ocasiones, ese trayecto fortalece la subjetividad y en otras la debilita. La normalidad, en esta perspectiva, siempre resulta precaria: depende de cómo los individuos pueden defenderse de las presiones del medio. Cuando esto no es posible, se producen las descompensaciones que llamamos enfermedades mentales.

Como se constata, la perspectiva de Dejours se distancia de la creencia en una norma incuestionable de la realidad. Cualquier conducta solo tiene sentido dentro de un sistema complejo de relaciones. Dejours muestra la potencia de su enfoque describiendo cómo ciertas conductas inapropiadas, conductas “patológicas”, son defensas en contextos duros: el empobrecimiento de la actividad psíquica puede ayudar a defenderse de los ritmos de la cadena, los trabajadores sociales se hacen los tontos para no confrontarse con los escasos recursos que manejan, en fin, los empleados sometidos a evaluación constante generan una hiperactividad disparatada que permite mantenerse en guardia. A los obreros psíquicamente endurecidos les aguarda la depresión cuando falte el trabajo, lo mismo que a los trabajadores sociales cuando dejen de racionalizar la miseria. La depresión, nos dice Dejours, apareció antes de que la hiperactividad la escondiese: pero la solución puede contribuir, con los estragos que produce, a agravarlas. Tales respuestas se incluyen dentro de las “normopatías”: la enfermedad aparece por exceso de asimilación a la norma.

El planteamiento de Dejours contiene herramientas excelentes para el tratamiento sociológico de la enfermedad mental. Desde tal perspectiva, se critican los modelos de descripción de personalidad basados en extrapolaciones rígidas del psicoanálisis. Además, se cuestiona la escasa presencia de las relaciones laborales en las descripciones psicoanalíticas de los conflictos psíquicos —exceptuando algunos textos de Freud donde insiste sobre la inversión psíquica en el trabajo como clave de cualquier organización social—. En fin, una discusión podría establecerse entre su teoría y la de Pierre Bourdieu, fuertemente influenciada por el psicoanálisis.²

Procede concluir este punto. Llamamos (sociológicamente) locura al comportamiento que destruye los hábitos compartidos, estragos que se producen sin que medie disculpa alguna, sencillamente, porque el individuo no habita el mismo mundo que los interlocutores con los que se relaciona. Tal es la lección de Goffman. La génesis de tales comportamientos se encuentra en la misma realidad, en los mismos marcos normativos, que el denominado enfermo acaba violando. Para describirlo, específicamente, respecto al puesto de trabajo y los trastornos alimentarios, se ha procedido a reconstruir, en aquellos rasgos que resultan pertinentes, dos historias: la del agente y la del puesto; qué en la biografía condujo hacia el puesto, qué en el puesto incitaba a ello. En el asunto que nos importa, los trastornos alimentarios proceden de juegos de valorización del cuerpo, de mercados que demandan, implícita o explícitamente, capital erótico. Por tanto, qué en el cuerpo y qué en la vigilancia estricta sobre la alimentación se reclamaban en el trabajo y en la biografía.

Creo que en mi marco de análisis sigo, sin referirme a ella, la poderosa idea de Dejours y Gernet (2012) y a la que me acabo de referir. Cabe diferenciar las tareas explícitamente definidas de las actividades que, de hecho, deben desarrollar los trabajadores para cumplir su labor. Formalmente, los puestos de trabajo exigen ciertos objetivos pero pueden ignorar, silenciar u ocultar las actividades necesarias para alcanzarlas. Las actividades refuerzan o degradan la subjetividad del individuo y, en ocasiones, impiden al individuo alcanzar los objetivos formalmente establecidos. En ese caso, parte de su actividad (reconocida o no por el empleador) en el trabajo contraviene la identidad (formalmente reconocida) como trabajadora: la camarera no puede rendir por infraalimentación, pese a que ésta se necesita para mantenerse delgada; la alta inversión estética de

² El 16 de diciembre de 2015, y dentro de las jornadas Corps, Travail & Genre (CNRS, París), fui invitado a presentar esta investigación. Las jornadas las clausuraba el profesor Dejours. En la discusión que mantuvo con el público, y en la que intervine, quedó clara la diferencia entre una perspectiva como la de Bourdieu y la suya: ésta considera que los procesos de erotización del cuerpo, que permiten a los individuos el goce en el trabajo, se forjan en procesos de marcaje libidinal alumbrados en la primera infancia. La creatividad en el trabajo nace de una subversión erótica de las normas: “Los pilotos conducen los aviones con las posaderas, no con la cabeza”, insistía el profesor Dejours. A mi parecer, esa perspectiva pone demasiado el acento en la libido adquirida en la primera infancia, algo que se encuentra relativizado en la teoría de Bourdieu sobre las diferentes capas del habitus. Pero en cualquier caso, constatar la diferencia, no significa crítica. El profesor Dejours trabaja con materiales clínicos mucho más densos que los que permiten mis entrevistas. Presumo que mi manera de producir informaciones permite mayor generalización, o eso creo. Las jornadas y el debate se encuentran enlazadas en esta dirección: https://www.canal-u.tv/video/site_pouchet_cnrs/corps_travail_et_genre_1ere_partie.20080, consultada el 20 de abril de 2016.

la profesional despierta dudas sobre sus competencias técnicas y puede que, de hecho, le impida cultivarlas. La actividad salarial del individuo le desborda en múltiples planos de la vida, incluso en aquellos que su actividad salarial reclama: el individuo no reproduce, como debe, la fuerza de trabajo y ello debido a una actividad que persigue valorizar su cuerpo: precisamente para poder venderlo como fuerza de trabajo.

Capítulo II. Recursos corporales y capitalización del cuerpo

Dos planos de análisis

Las aportaciones teóricas de este dossier, en lo que al cuerpo se refiere, se presumen en dos planos. Por un lado, se propone una historia y una teoría de los recursos corporales y de su conversión en capital. Por otro, se articula dicho capital dentro del modelo de capital cultural propuesto por Bourdieu. Sobre lo primero, propongo tres publicaciones. La primera, mi artículo “Qué nos enseña el capital erótico para pensar el capital cultural”, *Educação e sociedade*, vol. 36 (130), 2015, pp. 161-179. El artículo aparecía dentro del dossier coordinado por Ana María F. Almeida y Graciela Serroni Perosa, “Bourdieu and Passeron's The Inheritors and the contemporary university”. La segunda, mi trabajo “Haro sur le gros”, aparecido como presentación global al número “Le poids des corps” que coordiné en *Actes de la recherche en sciences sociales*, n° 208, junio 2015, pp. 4-13. En fin, una reelaboración de conjunto ocupa el primer capítulo del libro *La cara oscura del capital erótico. Capitalización del cuerpo y trastornos alimentarios* (Madrid, Akal, 2016)

Además de en dicho libro, y sobre la articulación del concepto de capital erótico, las aportaciones principales se encuentran en dos trabajos. La más importante, la firmada por José Luis Moreno Pestaña y Carlos Bruquetas Callejo, “Sobre el capital erótico como capital cultural”, *Revista Internacional de Sociología*, 74 (1), 2016: e024. Doi: <http://dx.doi.org/10.3989/ris.2016.74.1.024>. Este trabajo incluye una explotación de los datos de la Encuesta Nacional de Salud en España y permite un mapa de las Categorías Socioprofesionales según su Índice de Masa Corporal. Este, así lo suponíamos los autores, permite servir de indicador de la distribución del capital erótico. Haré referencia también al artículo José Luis Moreno Pestaña, “Le marché préfère les minces”, *La Vie des idées*, 4 febrero 2015, <http://www.laviedesidees.fr/Le-marche-prefere-les-minces.html>. El artículo apareció en el dossier “À table! Alimentation et sciences sociales”, coordinado por Thomas Grillot y Nicolas Larchet.

Tales publicaciones se encuadran dentro de las discusiones sobre las formas de capital características, pero no exclusivamente, de la sociología y la antropología inspiradas, críticamente o no, en la obra de Pierre Bourdieu, en cuyas redes me he formado y en cuyo centro figuro como *Correspondant étranger*. Mas, y quiero dejar constancia desde el principio de este apartado, mi acercamiento se presume propio (o, con menos modestia, original) en dos puntos. El primer punto, más accesorio: creo que soy de los escasos investigadores de esa tradición que atribuye un valor importante a la perspectiva de la socióloga inglesa Catherine Hakim, cuya obra discuto con respeto.

El segundo punto resulta más sustancial: en mis trabajos figura una historia y una teoría de las formas de capitalización del cuerpo. En mi perspectiva, el cuerpo ha podido convertirse en capital al final de un proceso relativamente complejo de unificación, algo en lo que me acuerdo con Eva Illouz (2012), una importantísima socióloga inspirada también en Bourdieu. Mi diferencia con ella incluye tres consideraciones a) esa unificación es inestable b) lo es porque identifico los componentes esenciales de la misma, algo que no realiza Illouz c) ofrezco, por tanto, un mapa de conflictos que pueden llevar a prácticas, con diferente alcance, de descapitalización del cuerpo. Comenzaré por el punto más sustancial y posteriormente enunciaré las claves de la discusión más interna del concepto del capital erótico.

Historia y teoría de la construcción de la delgadez como equivalente universal

La idea de un equivalente universal, como condición de la capitalización de un recurso (en el caso, el cuerpo), procede de dos recomendaciones importantes. Cada una de ellas llama nuestra atención hacia un aspecto distinto del análisis sociológico, el de su articulación en contextos particulares y el de su imbricación en dinámicas de alcance global. Las últimas pueden no dominar aquellos, aunque siempre impondrán su presencia, presionando en la vivencia cotidiana de cada cuerpo, aunque sea para ser contestadas.

1) La dinámica local, que conecta con problemas planteados por mi material empírico, exige reconocer la existencia de espacios con fuertes conflictos alrededor del valor social del cuerpo o de los aspectos del mismo que deben tenerse en cuenta. Conflictos alrededor del valor social del cuerpo aparecen en ciertos empleos: así cuando una vendedora reivindica su papel como consejera de moda, sin tener por qué parecerse a ninguno de los modelos de cuerpo estandarizados; o, en otro terreno, cuando una camarera desconecta su apariencia física del trabajo de gestión de una barra o de un local. Acaecen conflictos sobre los aspectos del mismo, cuando alguien reivindica vestir correctamente, pero no una determinada morfología corporal. Randall Collins (2009: 351) habló de “circuitos de Zelizer”, inspirándose en la sociología económica de Viviana Zelizer. ¿Qué son tales circuitos? Los diferentes espacios institucionales que permiten otorgarle valor a un recurso, gracias a los cuales acontecen relaciones concretas de intercambio donde se persiguen bienes diversos. Así, los títulos académicos tienen un valor dentro de determinadas situaciones que deben reconstruirse

etnográficamente: títulos académicos muy prestigiosos, por ejemplo, pueden expulsarte de ciertos empleos (donde la sobrecualificación se considera indicador de poca docilidad en el trabajador).

Como he señalado, la propuesta de Collins permitía construir mejor las variedades corporales que encontraba en mi investigación. Efectivamente, era común el acuerdo en los discursos respecto de la existencia de modelos corporales estándar, aunque estos no eran los mismos en una abogada y en una periodista. Tal conclusión parece hecha a medida para leer los grandes acercamientos estadísticos respecto del cuerpo: por ejemplo, los muestran las diferencias de Índice de Masa Corporal cuanto más nos dirigimos hacia las regiones más femeninas y con mayor capital cultural.³

Cuando se utilizan para validar nociones de capital fundadas en lo que Collins llama grandes “distribuciones reificadas”, los acercamientos estadísticos presentan un grave problema: son incapaces de analizar los objetos que objetan, esto es: las microsituaciones donde tales propiedades no se imponen de manera incontestable. Esas microsituaciones se exploran en cada uno de los empleos que estudio, dado que juegan un papel fundamental en los procesos de crítica, acomodamiento (pero manteniendo la distancia) y resistencia a las imposiciones de determinados modelos corporales. Precisamente, tal resistencia permite prácticas de construcción de otros imaginarios corporales que pueden servir de salida para los trastornos alimentarios —cuestión que abordaré más tarde—.

Una ayuda fundamental para descomponer analíticamente las microsituaciones corporales procede del sociólogo español Enrique Gil Calvo (2000). Inspirándome en su trabajo, elaboro una triple distinción, en lo que al cuerpo respecta, en los entornos laborales; distinción entre la morfología física más carnal (la dimensión de la “carne”), de la corrección estética (ropa, abalorios, perfumes...) y de la identidad, o sea, de cómo las normas corporales coadyuvan o no a la identidad como trabajadora y le permiten o no avanzar en la carrera profesional. Así he podido aislar, entre las personas entrevistadas, tramas de capitalización del cuerpo específicas y que pueden servir como indicador de pautas laborales diversas de modulación del cuerpo de las trabajadoras. Las tres dimensiones pueden acoplarse bien o situarse en conflicto: la inversión corporal y en ropa puede ayudar a la carrera de una profesora o detraer tiempo que consagrar al estudio. La sospecha de frivolidad para quien luce morfologías ortodoxas busca descalificar al contrincante, pero se apoya en un implícito compartido entre quienes lanzan el insulto y entre quienes lo reciben: el capital cultural exige inversión intelectual y cada elección exige renunciaciones. El *Requisito de Belleza Profesional*, teorizado por Naomi Wolf (1991) en una obra con impacto, alude a la doble competencia que deben mostrar

³ Véase por ejemplo el trabajo de Vandebroeck (2015) incluido en el monográfico que coordiné en *Actes de la recherche en sciences sociales*.

las trabajadoras. Competencia en sus trabajos y los saberes que estos exigen, competencia también encuadrándose dentro de los modelos corporales hegemónicos.

2) Una segunda idea importante tensiona la investigación en otra dirección: es la insistencia en el valor de los equivalentes para la unificación de mercados; y, específicamente, para la expansión del capitalismo en sentido lato y también de nuestro "capitalismo" corporal. Tal tesis es de obvia raigambre marxista. A tal respecto, retuve mucho de la pedagógica explicación propuesta por David Harvey (2014), a quien debo la casi totalidad de la inspiración en este punto. La exigencia de concretar las microsituaciones (con sus valores idiosincrásicos) no puede obviar la existencia de propiedades corporales hegemónicas, capaces de interpelar los cuerpos de las personas en general y de las trabajadoras en particular. Si se ignora la existencia de tales propiedades, amenaza la propensión al populismo sociológico, proclive a idealizar las diferencias sociales y a crearlas autistas respecto de la norma. El valor de las microsituaciones ayuda a liberarse del miserabilismo, o creencia en que todo se ordena en función de los recursos detentados por los dominantes; los riesgos del populismo no son menores para la sociología, y suelen aparecer cuando nos cegamos ante la existencia de relaciones de dominación generales.

La lectura del comentario de Harvey a Marx permite establecer una secuencia respecto a la relación entre valores monetarios y capital; tal secuencia me ha llevado a leer de otro modo la historia del cuerpo y a proponer una génesis de la elaboración de equivalentes —que propenden a ser universales— respecto del mismo. Harvey nos recuerda cómo, en el *Manifiesto comunista*, Marx y Engels hablan de la creación de necesidades planetarias, lo cual supone procesos de homogeneización radical —pero nunca completamente consumados— de los seres humanos. En ese sentido, se requiere un equivalente capaz de retraducir los procesos concretos de producción y de satisfacción de necesidades. Los equivalentes locales, que pueden considerarse análogos de las formas de belleza particulares, empiezan a ser, a la vez, incluidos y sobrepasados (pero también reprimidos) por nuevos referentes de alcance superior. El famoso análisis del fetichismo de la mercancía expone cómo el dinero retraduce en medida común valores de uso extremadamente heterogéneos y en los que se depositan esfuerzos y competencias siempre específicos. Cabe leer un jeroglífico social en cada equivalente, que expresa lo común y reprime lo heterogéneo. En ese punto puede verse la analogía (¡pero la analogía tiene límites que enseguida expondré!) con los ideales idiosincrásicos de belleza. Cada uno de ellos resulta de cuerpos, valores y relaciones sociales articulados en ciertas formas de vida: cuando quieren hacerse valer más allá de ellas, necesitan corregirse. Tales formas de vida conocen consagraciones específicas: los concursos de belleza que organizaba el Partido Comunista Italiano en los años de Palmiro Togliatti (Gómez, 2015: 94-95) no valoran los mismos atributos que los de Miss California y seguramente la belleza apreciada por los

jueces del PCI difiere en bastantes puntos de la requerida para triunfar entre los modelos de la Costa Oeste de los Estados Unidos. La unificación de los concursos de Miss —narrada en su tesis doctoral por Camille Couvry (2015), y en cuyo tribunal participé— representa procesos dobles: un modelo de belleza coloniza a otros, sin dejar de acoger ciertos rasgos de los mismos, sin desterrar ciertos atributos, mas proponiendo patrones de belleza más abarcadores.⁴

El equivalente general, recordaba Harvey, no solo unifica los mercados, sino que también los extiende, induciendo a que los patrones de valoración tiendan a medirse en dinero. Lo mismo sucede con ciertas propiedades de la belleza. La complejidad de formas de belleza propende a reducirse y ciertas claves de la misma van proporcionando un esquema de intercambio. Como el dinero, el equivalente de belleza contiene a su vez un valor de uso (*id est.*: es un valor apreciado en determinados contextos igual que el material con el que se fabrica el dinero) y es un valor de cambio que sirve para estandarizar valores globales (Harvey, 2014: 60-61). Solo cuando existen tales procesos de estandarización resulta factible planificar la capitalización del propio cuerpo con arreglo a criterios comunes, que no necesitan ser corregidos en cada contexto de interacción.

La unificación de los mercados corporales procede de tres acontecimientos que se articulan entre mediados del siglo XIX y principios del siglo XX. Esos tres acontecimientos pueden resumirse en el proceso de cuantificación de la belleza que, ya a finales del siglo pasado, proponía el Índice de Masa Corporal capaz de condensar, a la vez, referencias de salud, de belleza pero también de compromiso consigo mismo —y por tanto, de temple moral—.

Veámoslos:

1) En primer lugar, maridaje de la delgadez y la medicina. La medicina del XIX abraza la creencia, ajena para la medicina hipocrática, de la posibilidad de transformación radical del cuerpo. Esto queda unido a una estigmatización progresiva sanitaria de la obesidad y el sobrepeso, vinculados con la morbilidad y la enfermedad. Con lo cual, la medicina legitima la delgadez. En cada uno de esos aspectos se conocen disputas y conflictos. ¿Procedentes de dónde? De ambos criterios, de el de modificabilidad y del de salud. Sobre la modificabilidad: un sector importante de investigadores y profesionales de la salud cuestionan la posibilidad de la reducción de peso a medio y largo plazo. Unido a esto, y ya aquí se engarza con el segundo criterio, se sostiene que los procesos recurrentes de pérdida y ganancia de peso son tan o más mórbidos que la obesidad y, ante todo, que el sobrepeso. En fin, ciertas críticas de las correlaciones entre obesidad (y más aún respecto del sobrepeso) y morbilidad se consideran discutibles. Quizá, es un argumento, porque miden otros vínculos causales (así, entre pobreza y morbilidad) o, incluso, el maltrato —en forma de dietas

⁴ Remito al lector a mi intervención en el tribunal, publicada en mi blog: <http://moreno-pestana.blogspot.com.es/2016/02/a-propos-de-la-these-de-beaute-classe.html>

reiteradas y fallidas— al que se someten las personas con sobrepeso en nuestro espacio social y cultural. La existencia de sociedades donde el sobrepeso no correlaciona con morbilidad es un argumento importante en ese sentido.

2) En segundo lugar, asistimos a un proceso de unificación de los mercados de belleza, sobre todo en las capas sociales más feminizadas y con mayor capital cultural. Este acontecimiento supone una novedad radical en la historia de nuestra área cultural. La Antigüedad Griega (en el siglo V y IV a.n.e.) conoció críticas radicales del amor al cuerpo, al menos en dos planos: un plano, más político, criticaba los costes políticos del enaltecimiento del cuerpo. Aquellos que se dedicaban excesivamente a él —por ejemplo, los atletas— se volvían políticamente inútiles. Esta crítica se conciliaba con un sentimiento democrático, en el que se huía del marcaje de la desigualdad en los cuerpos. Frente a este, el panfleto oligárquico sobre la “Constitución de Atenas” (atribuida a un anónimo conocido como Viejo Oligarca), se quejaba amargamente de que en la igualitaria ciudad de Atenea nadie podía distinguir por la ropa a libres y esclavos. Por otro lado, se cuestionaba la vinculación de la belleza con el cuerpo y comenzaba un enaltecimiento del alma. Este discurso platónico tendría una continuidad evidente en la cultura cristiana. En fin, Aristóteles (en la *Retórica*) teorizó la existencia de bellezas diferentes según edades de la vida. Como se sabe, tal es uno de los flancos más disciplinarios de la unificación del capital erótico: la interpelación permanente para evitar el envejecimiento.

El siglo XIX acabó con esa dislocación de la belleza y el cuerpo, aunque el proceso ya había comenzado en el siglo XVI: cada vez más áreas del cuerpo se abren a escrutinio público. *La Celestina*, como enseñan los trabajos de Juan Carlos Rodríguez (1994), puede leerse como una metáfora de los intercambios de los cuerpos en el mercado libre. En las sociedades cortesanas, incluso la vinculación masculina de la corpulencia con la capacidad viril —típica de las sociedades guerreras—, empieza a ser relativizada. La asociación de la esbeltez con los atributos culturales se articula en un doble frente: el nutricionismo y el nuevo estilo marcado por la bohemia, aquel caballo de la salud pero también de la diferencia respecto de la grosería del patrón acaparador y obeso; y el segundo directamente engarzado con las nuevas pautas de diferenciación del intelectual. Respecto del nutricionismo, los hermanos James, William y Henry (el científico-filósofo y el escritor) jugaron un papel de primer orden en su introducción en los Estados Unidos. La idealización de la delgadez, por lo demás, ganó Francia también en el siglo XIX: los desvelos de Auguste Comte por las ingestas, las dietas de Zola e incluso de Gambetta. A la vez, en el Reino Unido, la juventud seguidora de Lord Byron, presumía de estar delgada. Fueron los años en que se fueron creando los vectores del nicho ecológico de la anorexia, una patología del capital erótico.

Paradójicamente, es en el mundo intelectual, que se presume tan levantisco, donde empieza a actualizarse el deseo del Viejo Oligarca —seguramente Critias, tío abuelo de Platón y jefe del

gobierno de los Treinta Tiranos—: al andar por la calle puedes distinguir a los individuos, no sólo por su ropa, sino por su estilo y su morfología. El camino —jamás consumado— hacia un mercado corporal común, por un lado, elimina tendencialmente las separaciones por clases sociales y de edad, sin lo cual existirían varios espacios de identificación corporal más o menos acantonados en su diferencia; por otro, fija estándares que permiten competir por la distinción dentro de un espacio común. Ciertamente, este proceso conoce contestaciones: crítica política del feminismo, desconexión relativa de ciertas culturas con componentes étnicos y de clase, resistencias conscientes de activistas enfrentados a la discriminación por la gordura. Frente a la unificación de los mercados de belleza testimonian personas a las que entrevisté: vendedoras gordas, profesoras y periodistas críticas del canon de belleza. El segundo componente del equivalente universal de belleza también resulta inestable.

3) En tercer lugar, el cuerpo se convierte en encarnación moral de un individuo. Si en otro tiempo la coquetería se asoció a la frivolidad o a la falta de compromiso cívico, ahora la delgadez, vinculada con la cultura, enseña que el individuo regula sus impulsos, se esfuerza por mantener una morfología ordenada y destila, en su presentación pública, un conocimiento incorporado de qué comer, de cómo arreglarse, de cómo encarnar la empresa o la posición social que ocupa. Una vez más, el proceso conoce conflictos: la vendedora, cuando reivindica su cualificación técnica contra quienes solo son “perchas” de la moda, recupera la historia de su oficio para criticar la encarnación en el cuerpo de su competencia; las críticas políticas de la estética —que recuperan, con siglos de distancia, una tradición de la democracia antigua— nos ofrecen lo que quizá, exagerando un poco, podría llamarse con Jacques Rancière (1996) una anacronía (persistencia de ciertas experiencias históricas más allá de su contexto de surgimiento): una pervivencia en el tiempo de signos de ruptura entre recursos culturales y delgadez, entre fiabilidad moral e inversión corporal. Quien mucho la persigue deja de perseguir otros valores, tal vez con mayor proyección comunitaria.

Inspirada en una lectura del marxismo, mi perspectiva se aleja también bastante. No puedo resumir las aportaciones marxistas sobre el cuerpo, la gran mayoría centradas alrededor de la crítica de la sociedad del consumo y su inevitable fetichización. Pese a todo, creo que resulta de interés detenerse un instante en este problema, el cual recuperaré también en el capítulo siguiente. Lo haré conversando con Anselm Jappe, fino estudioso del situacionismo y teórico ligado a la revista *Krisis*, cuya perspectiva se singulariza por poner en el centro de la herencia de Marx la crítica a los procesos de valorización económica. La mayoría de mis referencias se centrarán sobre un texto que el propio Jappe (2011: 12) presenta como una introducción de sus críticas al valor.

En un punto, mi acercamiento camina con un marxismo crítico del exceso capitalista, y lo hará aún más respecto del tema que trato. Jappe (2011: 258) caracteriza la cultura neoliberal como

una “forma de narcisismo y negación del mundo, experimentado como demasiado indócil a los deseos de omnipotencia del consumidor”. Y seguidamente, propone una praxeología que no puedo sino abrazar como programa filosófico: “Explorar los límites de la materia, del sonido, de las palabras, y ver hasta dónde se puede llegar juntos constituye así un primer paso hacia una relación menos violenta con el mundo, con los demás hombres, con la naturaleza”. Especificaría, seguro que con el acuerdo de Jappe, que eso incluye lo que los clásicos Horkheimer y Adorno llaman nuestra "naturaleza interna", nuestro cuerpo. ¿No son los trastornos alimentarios también una patología de un cuerpo que no se encuentra disponible para todas las fantasías de dominio del mismo? Así lo creo.

Vayamos con las diferencias. Jappe dibuja una lógica de la sociedad moderna centrada “en la acumulación tautológica de trabajo muerto”. Gracias a lo cual, todo en nuestra sociedad se retraduce en términos económicos, eliminando toda la riqueza de cada trabajo particular. Respecto al capital erótico, un aspecto puede asemejarse a esta perspectiva marxista: los prototipos corporales se imponen, a menudo como una pesadilla, en nuestros cuerpos vivos. Pero existe otro aspecto. En la perspectiva de Jappe esto resultaría de una extensión del fetichismo de la mercancía al cuerpo, del mismo modo en que invade toda la experiencia social. En mi caso es un resultado histórico fechado y tremendamente inestable; en suma, una configuración sin la cual el capitalismo podría existir perfectamente. La relación del capital erótico con el capitalismo es contingente y podría acontecer un sistema capitalista que se detuviera en las fronteras del cuerpo.

Otra diferencia: Jappe (2011: 152) ve a nuestra sociedad “completamente determinada por el valor y, en consecuencia, por el intercambio de equivalentes”. Mi dibujo es otro: las distintas formas de valor pueden entrar en conflicto, y de hecho lo hacen (el capital económico y el cultural; las distintas especies de capital cultural) y, por tanto, los valores no son homogéneos y los equivalentes pueden chocar entre sí. Con más dramatismo en el caso del cuerpo donde, además de sobrevivir patrones corporales minoritarios, cada espacio social puede imponer resistencias a la colonización de los cuerpos por los patrones generales —que existen, sin duda— del capital erótico. Incluso en los oficios más modestos, pueden invocarse otros referentes culturales para legitimar el propio cuerpo. Los equivalentes existen, pero no son homogéneos. Lo cual permite resistencias, muy localizadas cierto, pero resistencias.

Para acabar este breve diálogo. No creo que la objetivación de propiedades en estándares objetivos sea un bien absoluto, pero tampoco un mal y es algo en lo que Jappe no piensa. Simmel hablaba de la libertad psicológica que proporcionaba el dinero y que permitía no implicarse absolutamente en cada transacción: los objetos tasados y comparados nos ayudan a saber a qué atenernos. Sin instrumentos de comparación necesitamos negociar continuamente el valor de cada

objeto con otros sujetos: nadie podría salir indemne de ese agotamiento perpetuo, porque una sociedad sin instituciones cuantificadoras es una ilusión.⁵ La institucionalización del capital cultural erótico puede ser leído como un proceso máximo de fetichización, pues el Estado reconocería ciertas propiedades del cuerpo como unidas a ciertas cualificaciones profesionales. Esa fetichización estatalizada podría ayudar en las negociaciones sobre cualificaciones implícitas, abriéndolas al debate público. Pero además, y este punto es quizá más definitivo respecto de lo que nos separa, Jappe ve en la uniformización solo pobreza expresiva. No lo veo así: los juegos de distinción alrededor del capital erótico pueden servir como acicate para la creatividad personal, ayudando a los individuos a trazarse vías de constitución subjetiva. Otra cuestión es que las consideremos una manifestación degradada de lo humano. En ese caso, y antes de saldar la cuestión, deberíamos interrogarnos y mucho, cuánto debe ese desprecio por “las cosas de mujeres” al inconsciente de la dominación masculina.

La discusión del concepto de capital erótico

Procede afrontar ahora la discusión del concepto de capital erótico. Éste aparece relevante en dos áreas de la sociología. En la sociología del trabajo, acompaña un conjunto de conceptos con los que discernir los efectos corporales en el mercado de trabajo. Tales atributos pueden ser movilizados por los trabajadores y/o exigidos por el empleador: puede hablarse de trabajo emocional, corporal o estético pero también de un capital estético, emocional, corporal.⁶ En segundo lugar, se intentan teorizar los procesos de adquisición y mantenimiento de tales tipos de recursos a través de los capitales. Dos son las tradiciones teóricas: la representada por el modelo de capital humano (uno de cuyos representantes señeros es el economista Gary Becker) y la articulada alrededor del modelo de Pierre Bourdieu. En ese escenario, aparece la apuesta de Catherine Hakim por un nuevo tipo de capital, el erótico, que añadir a la teoría de Bourdieu.

Comprender cómo me sitúo en tal debate exige precisar mínimamente mi concepción de los conceptos y las teorías sociológicas. Su calidad se mide en dos ejes, los cuales no siempre se vinculan reforzándose. El primero es el de la articulación lógica: una teoría parece mejor si explica lo que sus rivales, añadiéndoles nuevos significados. La segunda es la potencia empírica: una teoría sociológica

⁵ Véase sobre el particular el artículo de Andrés Bilbao (2000: 121-122). Boltanski (2011: 246) explicó bien cómo el conjunto de la crítica marxista de cualquier objetivación, considerada siempre cosificadora, dependía de una antropología con dos rasgos: la inexistencia de desigualdades naturales y la incertidumbre acerca de los talentos individuales. Cualquier fijación a estándares socialmente establecidos conlleva una mutilación de la manifestación de dichos talentos.

⁶ Véase un eficaz estado de la cuestión en Hall y van den Broek (2011: 85-88) y las referencias incluidas Pinto (2014).

acrecienta su valor si impulsa la tarea de investigar, ayudando a imaginar nuevos terrenos y organizaciones de datos. El primer eje puede descarriar la teoría sociológica hacia el eterno aquilataamiento escolástico de los conceptos y al uso de la autoridad metafísica: un sistema teórico se valida mediante debates en los que se dirime la mayor o menor fidelidad a una referencia enaltecida —da igual que sea Heidegger, Boudon, Foucault o Lazarsfeld—. El segundo eje puede empantanarnos en infinitos trabajos empíricos desconectados entre sí. Por supuesto, cabe jugar a la teoría escolástica con aditamento empírico (que confirma siempre las tesis del referente) o producir teoría *ad hoc*. En el caso del cuerpo, no faltan ejemplos de semejantes actitudes: la múltiple referencia al cuerpo puede servir para bailes esotéricos —Foucault y Butler danzan en casi todos— de eminencias teóricas o la investigación puede producir conceptos completamente pegados a una producción de datos (y así descubrir capitales en cada ocasión en que se constata la eficacia local de un atributo). Para aclarar al lector sobre cómo veo mi aportación, necesito insistir en algo: estos dilemas epistemológicos no me son ajenos, por la sencilla razón de que los considero una ambivalencia constante en todo aquel que teoriza e investiga. Tampoco creo que quepa definirse —o al menos yo lo desconozco— algo así como un punto perfecto de equilibrio entre la articulación lógica de la teoría y la atención a las novedades del trabajo de campo, aunque sí considero que una y otra pueden corregirse.

Vuelvo al asunto. La propuesta sobre el capital erótico parece mejorar a sus rivales en la sociología del trabajo, al describir una articulación compleja de afectos, cuerpo y estrategias. Hakim describe tal capital como el resultado de un esfuerzo integral, donde pueden distinguirse componentes como la fertilidad (valiosa en ciertas culturas), belleza física, atractivo sexual, don de gentes, forma física y vitalidad, inversión en ropa apariencia y la habilidad sexual propiamente dicha. Hakim se atreve así a objetivar sociológicamente el cuerpo, lo que sin duda parece mejor que las referencias, a menudo difusas, al mismo. No todos los componentes deben ir juntos y uno puede quedar más o menos suplido por otros. Como ya señalé, apoyándome en Gil Calvo, pueden diferenciarse tres planos en el cuerpo (la carne, la corrección estética y la identidad). Algunas de las dimensiones de Hakim se articulan bien como uno de los planos (la inversión en ropa con la corrección estética y la belleza física con la carne), otros como el atractivo sexual o la vitalidad parecen difíciles de ubicar. Pueden proyectarse en la morfología física o la corrección estética, pero ¿por qué no en la identidad global del individuo, en ese carisma con el que una personalidad responde a los atributos requeridos por un mercado? Como balance, considero que Hakim ha propuesto una aportación interesante dentro de un campo donde el afán de precisar siempre arriesga. Hakim lo hizo y ha dado en el clavo, al menos, al diferenciar dimensiones —si no todas, sí algunas muy importante— con las que puede capitalizarse el cuerpo.

Mi posición respecto de su idea de haber propuesto una nueva especie de capital es más cauta. Por un lado, el uso de la teoría del capital en Hakim se asemeja bastante a la teoría del capital humano. Efectivamente, a la manera de Gary Becker, Hakim piensa en pequeños capitalistas de las excelencias corporales, capaces de discernir en cada situación cómo jerarquizar los propios intereses y conectarlos con sus propios recursos y con el mercado. Louis Pinto (2014: 184) acusa al modelo de Becker de presentar actores sin marcos sociales. Por consiguiente, no es capaz de mostrar las estrategias de reproducción, de reconversión de capitales (por ejemplo, del capital económico al capital social o al cultural) y, de esa manera, desconecta el capital de las estrategias globales de dominación social.

Ese problema es central en mi trabajo, sobre todo cuando se considera el fuerte disturbio causado por el deseo de adelgazar en ciertos ambientes proletarios —o en ambientes de clase media que no se centran en la delgadez de la prole—. Ciertas acusaciones de anorexia son insultos simbólicos: el grupo social estigmatiza la persecución de un tipo de capital imprevisto por sus estrategias de reproducción. La modificación de la dietas implica una nueva relación con el cuerpo y con su vigor, una remoción de las reglas de pudor y, por ese camino, exige la instalación de nuevas pautas somáticas. El artículo “Le marché préfère les minces” (que publiqué en *La vie des idées*) muestra el impacto importante del ambiente corporal en trabajadoras o en profesionales de origen socialmente modesto. También, por supuesto, el capítulo IV de *La cara oscura del capital erótico*.

Más allá de este problema, otro me parece importante. El modelo de Hakim ignora las censuras con la que determinados contextos pueden frenar la exhibición de recursos que le son ajenos, o que se consideran improcedentes. El capital erótico puede considerarse apropiado o no en función de las luchas por imponer o no el reconocimiento de recursos específicos; y de cómo estos censuran o alientan la exhibición corporal de cuerpo. La cultura de clase de los intelectuales puede segregar determinados aspectos físicos pero nadie —al menos, por el momento, en público... en privado puedo atestiguar que no es raro— descalificaría a una filósofa por su incorrección estética. Más fácil resulta imaginarlo en una abogada, una política o una camarera —en cada uno de los casos, con más o menos eufemismos—. El capital simbólico, según Bourdieu, indica el modo en que un capital es reconocido como legítimo, de acuerdo a determinados parámetros de percepción y juicio. Ese capital puede construirse sobre el rechazo de otros capitales y obviamente también del capital erótico. El inconsciente economicista de Hakim imagina pequeños empresarios de su cuerpo. No explica, sin embargo cómo, para convertirse en matemáticos o en especialistas de Hegel, no pueden presentarse exhibiendo el mismo; incluso la exhibición pueden despertar alarmas causadas por el intento de competir con un atributo improcedente. Las críticas que soportan profesionales por

su ortodoxia estética —es algo que muestro sobradamente en *La cara oscura del capital erótico*— son un ejemplo de ello.

En fin, tampoco comparto con Hakim la idea de que haya descubierto una especie de capital distinta. Al respecto me extiendo en el artículo, firmado con Carlos Bruquetas, titulado “Sobre el capital erótico como capital cultural” y en el capítulo II de *La cara oscura del capital erótico*. Hakim tiene el mérito de haber revalorizado un tipo de capital despreciado, como sucede a los recursos que detentan los dominados. En este caso, la belleza —atributo femenino— comparte destino con virtudes que se atribuyen, con más o menos fantasía, al pueblo: el coraje, la claridad, la fuerza: aquel puede ser indicio de frivolidad como estas pueden serlo de simplicidad y grosería. Ese capital, históricamente monopolizado por las mujeres, tiene acomodo dentro de la propuesta de Bourdieu.

No es más, es mi conclusión, que un tipo específico de capital cultural. Como este, existe de manera incorporada (maneras de andar, gracia corporal, estilo, morfología...), de manera objetivada (libros con consejos, cremas, perfumes, ropa...) y, es más problemático, de manera institucionalizada. Existen intentos, más o menos formalizados, de institucionalizar el capital erótico, con títulos que demuestran el dominio del capital erótico objetivado, ya sea en uno o en diversos planos: nutricionismo, esteticista... Esos títulos puede impartirlos el sistema público o cursos de formación en las empresas. En este punto conviene recordar cuanto se narró en la primera parte de este capítulo: la dificultad histórica por estabilizar un equivalente general de capital erótico y los desequilibrios que esa estabilización sigue enfrentando. No extraña que, como capital cultural, sufra de carencias en los precisamente de procesos de institucionalización.

En el curso dedicado al capital, Bourdieu (2016: 299-300) compara su visión del capital cultural con la distinción de Marx entre capital constante y capital variable, algo analizado en el capítulo segundo de *La cara oscura del capital erótico*. Bourdieu explica cómo el capital constante, maquinaria y medios de producción, funciona como un capital cultural objetivado. Éste requiere, para su funcionamiento, la intervención del capital cultural incorporado. Bourdieu no se extiende en esta comparación. En cualquier caso, parece obvio que fue consciente de ella. Cuando escribí el libro no estaba seguro de que así fuese, he necesitado la publicación del curso en 2016 para confirmarlo.

Este modelo tiene valor general para analizar la dialéctica entre las competencias, socialmente producidas, de los trabajadores y las exigencias de los empleadores. Esa dialéctica entre el capital variable y el capital permite comprender aún mejor los oficios donde el capital cultural debe encarnarse en el aspecto físico y donde éste debe servir como mediador de la circulación de ciertos prototipos corporales encarnados en la ropa, los perfumes, los estilos de ocio, etc. Son los empleos en los que se exige trabajo estético o se exhibe capital erótico. Los conflictos de clase

podrían ser descritos como conflictos entre tipo de capital incorporado exigido, grado de institucionalización de ese capital cultural y exigencias del capital cultural objetivado. Veamos, sin ánimo de exhaustividad, algunos conflictos posibles. En primer lugar, no es igual el trabajo a realizar para mantener una cierta morfología corporal, que el necesario para llevar un cierto estilo de ropa que denota un cierto estatus social: el primero exige un nivel de encarnación de las exigencias muy superiores. En segundo lugar, no requiere el mismo esfuerzo transmitir modelos a una clientela o encarnarlos. Si se trata de transmitir modelos, la encarnación propia importa menos que las cualidades para relacionarse con cierto público. La institucionalización del capital cultural certifica garantías sin que el trabajador tenga que exhibirlas a cada momento y un trabajador puede esgrimir esas garantías sin necesidad de exhibir una ortodoxia corporal determinada. Incorporar modelos culturales, por el contrario, condena a los trabajadores a una demostración permanente de sus cualidades, reforzando la dominación empresarial: el capital cultural institucionalizado podía servir de protección contra las formas más personales, más imprevisibles, de explotación. En tercer lugar, el tipo de capital cultural objetivado en los productos impondrá más o menos un modelo de capital cultural incorporado: un ejemplo son las tallas de ropa y, más general, la apariencia asociada a los diferentes grupos sociales. Determinadas objetivaciones de capital cultural exigirán modificar los cuerpos de los candidatos a trabajar con ellas y, de ese modo, producirá un modelo específico de imaginario y prácticas corporales de clase. Las configuraciones de las clases sociales, y el conflicto entre ellas, exigirán una atención precisa a la articulación entre las diversas especies de capital cultural y el capital económico. Solo hacía falta, tal y como advertía David Harvey, desarrollar bien qué implicaba la noción de capital variable en Marx. Bourdieu ayuda a ello.

De nuevo, la discusión teórica se revela empíricamente fructuosa. Por un lado, permite conectar con un problema histórico, el de la escasa institucionalización del capital cultural (erótico) frente a los saberes amparados por el medio universitario. Aclaro al lector que lo que aquí se presenta en un orden (según la lógica de la exposición) tuvo uno inverso en la lógica de la investigación: las perplejidades en cuanto a la institucionalización del capital erótico me empujaron a explorar su génesis histórica. Pero además, la diferenciación entre tres estados del capital cultural ayuda a comprender conflictos concretos. Hay personas que se escudan en un capital cultural institucionalizado (por ejemplo, sus cursos de formación profesional como esteticista) frente a las demandas más agresivas de incorporación del capital erótico. Otras estrategias de enfrentamiento pueden imaginarse —del capital objetivado contra el encarnado o de éste contra el institucionalizado— y pueden aguzar nuestra imaginación heurística.

La idea de capital cultural erótico ayuda a entender también el misterio de la “aristocracia estética proletaria”. Para muchos ensayistas, la existencia de trabajadoras de la moda que combinan

condiciones serviles de trabajo con alta cualificación estética, permite ejercicios más o menos agresivos de elucidación de la falsa conciencia. La incapacidad de comprender el orgullo por el manejo de un capital cultural específico (sobre el cuerpo, el maquillaje, las colecciones de moda...) les deja perplejos ante la adhesión de bastantes trabajadoras a su empleo. Ese orgullo cultural, eficaz en situaciones concretas ante personas de origen social más alto, no es un índice de sometimiento, sino la expresión de una competencia cultural o, por qué no, intelectual. La pregunta, entonces, es cómo hacer para que la alta cualificación corporal no se combine con la explotación económica.

Capítulo III. Trastornos alimentarios y capital erótico

Poder, deferencia y juegos estéticos

El tema que desarrollo en este apartado ha sido objeto, fundamentalmente, de una publicación: “Souci du corps et identité professionnelle. Enquête sur les «jeux esthétiques» au travail et les troubles alimentaires” (*Actes de la recherche en sciences sociales*, n° 208, 2015, pp. 88-101) y, de manera completa, en *La cara oscura del capital erótico*.

La investigación que presento en este punto tenía un doble objetivo. En primer lugar, comprender, de la manera más concreta posible, cuáles eran las demandas corporales, explícitas e implícitas, en cada puesto de trabajo. En segundo lugar, aislar secuencias, precisando cuanto fuese capaz, que conecten las exigencias del puesto de trabajo con los trastornos alimentarios. Tales exigencias pueden formularse explícitamente como tareas o, por el contrario, pueden ser actividades necesarias para alcanzar tales tareas (véase más arriba la referencia a Déjours y Gernet).

Respecto de lo primero, la apuesta consiste en salir de las declaraciones generales acerca del papel del cuerpo: sea porque es el centro de la interacción personal y elemento fundamental de la capitalización (Eva Illouz), sea porque es un capital que añade valor a toda actividad productiva (como defiende Cathérine Hakim). En cuanto a lo segundo, los trastornos alimentarios aparecen como soluciones de contexto a determinadas exigencias. Pueden ser, a la vez, operadores de la eficacia de la actividad productiva y de la degradación de la misma, fundamentalmente, por la graves consecuencias que implican para el sujeto.

En este punto, el problema de los trastornos alimentarios, y en general de la capitalización erótica del cuerpo, conecta con el problema del poder. Según Hakim, la estigmatización del capital erótico impide que las mujeres exploten sus recursos eróticos abiertamente, en vez de hacerlo de manera vergonzante. Debido a las censuras existentes para reivindicar tal capital, el valor de la belleza física puede ser explotado sin retribuir a las protagonistas de la capitalización. Los ataques de ciertas fracciones del feminismo a la utilización del cuerpo contribuirían, de ese modo, a disminuir la capacidad de las mujeres para adquirir poder.

La cuestión no resulta fácil de resolver. Por una parte, Hakim lleva razón en que los recursos corporales exigen un trabajo que no es recompensado sino de manera ambigua, donde la valoración de frivolidad acompaña como una sombra al halago estético. Y eso nos obliga a escucharla con respeto: ¿desde qué parámetros pueden desconsiderarse los enormes esfuerzos por encarnar un modelo estético, por informarse acerca del mismo, por estar al día de las diferentes innovaciones que le atañen e, incluso, por estudiarlas e introducirlas en la vida cotidiana? ¿Puede afirmarse que ese

esfuerzo cultural, esgrimido con orgullo por muchas trabajadoras, en el que muchas personas encuentran un sentido a su experiencia, es menos importante que el de la acumulación de recursos culturales en otros ámbitos de la existencia? ¿Puede ignorarse, algo señalado por Hakim y por Bourdieu, que el cuerpo puede ofrecer vías de distinción a quienes carecen de recursos económicos, títulos académicos o pertenecen a fracciones con escasas redes que les permitan la movilidad social? El desprecio a la capitalización del cuerpo, ¿no consolida un doble prejuicio, de género y de clase, respecto de unos recursos que no siempre pueden adquirirse con dinero o cuya transmisión, realizada en redes femeninas informales, es menos costosa que la apropiación de títulos universitarios o de saberes consagrados por la alta cultura?

Por lo demás, incluso aunque se mantuviese una hostilidad esencial a la capitalización del cuerpo, solo el despiste sociológico desconsideraría las razones de quienes lo persiguen. El expediente de recurrir a la simple alienación —en cualquiera de sus variantes: así la defendida por Anselm Jappe— resulta insatisfactorio. Supone, es una crítica que se le hizo al marxismo, una posición de privilegio epistemológico de quien designa como falsas o enfermizas —se trataría entonces de una alienación espiritual— las aspiraciones de aquellos —en el caso, aquellas— a quienes diagnostica. Además, ni tan siquiera los referentes de alguna de las tradiciones que pueden servir de fundamento a tal posición, dejaban de reconocer que la dominación proporciona competencias a los dominados.

Pese a lo cual, y dado que todo proceso de capitalización supone, como ya se ha visto, estandarización, mi modelo teórico puede conectarse con una dimensión de la inspiración marxista. La teoría marxista de la reificación, recuperada muy críticamente por Axel Honneth (2007), caracteriza como patológica la transformación del mundo exterior y del mundo interior en objeto de cálculo y observación. La comprensión del mundo como un entorno susceptible de ser jerarquizado en función de utilidades que se integran en una jerarquía, supone desatender la existencia de conflictos de valores: los efectos de esa actitud en uno mismo y en los otros nos podrían hacer perder tanto o más de lo que ganamos con la disposición instrumental. Solo procede entregarse a tal operación, si se olvida que lo útil solo lo es respecto de un universo de valoración y que los universos de valoración requieren del concurso de la acción humana para ser activados. Los procesos de capitalización corporal, explica Eva Illouz (2007: 175) en diálogo con la misma tradición, suponen prácticas de estandarización del cuerpo y de su aspecto, condicionadas por cada vez más espacios de exhibición mercantil. Ahora bien, lo que no puede negarse es que quien se integra en dicho proceso adquiere competencias. Recordemos al indudable padre intelectual del marxismo occidental, Georg Lukács (1985: 11). El capitalismo, explicaba, se presenta como un conjunto de leyes de funcionamiento que parecen fuera del alcance humano. Al adaptarse a ellas e

intentar comprenderlas, sin embargo, el sujeto puede aprovecharlas en “su propio beneficio, pero sin que tampoco le sea dado ejercer mediante su actividad una influencia transformadora en el decurso real”.

La actividad, entonces, se juzga negativamente, pero se la considera susceptible de proporcionar capacidades de actuación a quienes se entregan a ella. El cultivo del cuerpo —en sus formas socialmente dominantes— puede proporcionar, es mi perspectiva, procesos de inteligencia y creatividad, lo cual implica que no introduce al individuo en juegos absolutamente prefijados o previsibles. Es la razón por la cual, para la observación sociológica, preferí dos dispositivos de descripción menos cargados normativamente que los que pueden derivarse de la teoría de la reificación. Uno de ellos, el de juego estético, procede de un clásico de la sociología del trabajo —*El consentimiento en la producción* de Michael Burawoy— mientras que el otro organiza el poder a través de un distingo de Randall Collins. El poder puede consistir en obtener deferencia en las interacciones o, por el contrario, puede proporcionar posibilidades para alcanzar objetivos propuestos.

Comienzo justificando la aportación de Randall Collins.⁷ Una secuencia básica en los trastornos alimentarios consiste en las recompensas que subsisten a las pérdidas de peso. Las personas reciben habituales halagos y experimentan que se les abren nuevas posibilidades. Sin embargo, y es parte de cuanto provoca la sensación de enfermedad, los individuos se encuentran, a largo plazo, embarrancados en prácticas de restricción cada vez más asfixiantes. Georges Canguilhem (1971: 139) precisaba que la enfermedad instauraba una norma práctica específica en su relación con el mundo; se trata, sin embargo, de una norma lacrada a ciertas condiciones de existencia, incapaz de afrontar condiciones diferentes a aquellas en las que la norma funciona. El ser vivo enfermo tiene una norma original, no hay duda, pero también es una norma disminuida. Es incapaz de alcanzar ciertos objetivos —laborales, afectivos, económicos, relacionales— debido a una incrustación en pautas rígidas y que difícilmente acogen la novedad. En nuestro caso, esa norma disminuida no procede de una discapacidad física, sino de un estrechamiento social y psicológico. A menudo, en favor de esa rigidez, las implicadas aluden a las amplias oportunidades que les proporciona la estilización de su cuerpo: tal vez, es el caso, posibilidades de entrada, mantenimiento y ascenso en el mercado de trabajo. Tal vez, puede ser también el caso, lo que te permite entrar te impide mantenerte y acaba expulsándole del empleo por agotamiento físico y mental. Es algo que sucede en diversos empleos sin que quepa aislar una exclusiva articulación. Aún así, el alto poder de deferencia puede entrar en conflicto con otras actividades —las que exigen vigor físico— en el

⁷ Randall Collins habla de poder de mando o deferencia frente a poder efectivo. El primero permite recibir aceptación y privilegio en un contexto mientras el poder efectivo permite conseguir objetivos. Pueden encontrarse unidos o no: un juez tiene más capacidad de conseguir objetivos que una camarera, pero puede recibir, si esta refulge corporalmente, menos deferencia. No asumo toda la teoría de Collins, sino que me limito a volver operativa esta distinción para organizar mis materiales.

puesto de trabajo y comprometer a la persona en una dinámica destructiva de adelgazamiento, ejercicio físico constante (en el trabajo y fuera de él) para mantenerse delgada.

El otro dispositivo de descripción, específico de la sociología del trabajo, procede de Michael Burawoy y de su obra *El consentimiento en la producción*. Burawoy consideraba que, lejos de ser siempre una actividad repetitiva, el trabajo podía concentrar la creatividad de los trabajadores en juegos de competencia horizontales. En el caso que me ocupa, los juegos de distinción estética entre trabajadoras pueden dirigirse tanto hacia otras compañeras como hacia la clientela. Esos juegos de competencia aumentan la inversión subjetiva en el trabajo y, sobre todo en los oficios peor pagados (camarera, vendedora), los gastos económicos necesarios para mantenerla. En otros empleos, esos gastos forman parte de prácticas ligadas a las fracciones de clase de las que proceden las trabajadoras. En los oficios menos cualificados, en ocasiones, las actividades en el trabajo requieren profundas transformaciones en la cultura somática, ya sea en la manera de vestirse, en los modelos de cuerpo legítimo, en las prácticas de exhibición del mismo, en la corrección cosmética o quirúrgica de aspectos de la morfología, etc.

La noción de juegos estéticos ayuda a precisar la diferencia entre poder para conseguir objetivos y deferencia. Dentro del ámbito del trabajo, la consecución de deferencia puede ayudar a confirmar la identidad como trabajadora o, por el contrario, puede ponerla en riesgo: por ejemplo, en la secuencia perversa que reúne a los bajos salarios, jornadas laborales prolongadas, exigencias corporales de elite y prácticas de restricción desviadas. En esta se materializa un fantasma que aparecía en mi anterior trabajo entre jóvenes de clases populares: el exceso de obediencia a la norma podía condenarte a la exclusión del mercado de trabajo (Moreno Pestaña, 2010: 182-186). Por tanto, los diferentes entornos profesionales, conectados con configuraciones sociales que exigen criterios de entrada disímiles, pueden impulsar o sancionar la capitalización del cuerpo. Pueden hacerlo insistiendo, con más o menos agresividad, en una determinada encarnación de la empresa, en una determinada corrección estética y conectando una y otra con avances en el puesto de trabajo. Esos avances pueden declararse públicamente o funcionar implícitamente, lo que suele ser más común. El conjunto de tales exigencias vuelve a tales espacios laborales más o menos acogedores de las diferentes culturas corporales (de género, clase, étnicas, generacionales).

Capital Erótico ----- Profesiones	CARNE	CORRECCIÓN ESTÉTICA	IDENTIDAD (PODER DE DEFERENCIA Y DE OBJETIVOS)
Camareras	Belleza como forma de acceso	Alto consumo estético	La deferencia se compagina con bajos salarios y agotamiento físico
Vendedoras	Presión importante para exhibir las tallas	Alto consumo estético	Ídem. Posibilidad de redefinir técnicamente el trabajo: buena vendedora sin físico descollante
Profesoras	Ambigüedad en la valoración con críticas por ser excesivamente atractivas	Corrección estética de acuerdo al estatus económico	La belleza puede degradar, por sospecha de uso ilegítimo, la consideración profesional
Periodistas	Presión con las innovaciones técnicas	Alto consumo estético	Contribuye a los objetivos de ciertos puestos, ya que incluyen la belleza
Relaciones públicas	Alta presión estética generalizada	Corrección y tendencia a la uniformización de la ropa en función de la clientela	Corrección y morfología son una clave central del trabajo
Artistas	Creciente presión estética (bailarinas, cantantes, <i>Body Art</i>)	Incorrección estética	El trabajo con o sobre el propio cuerpo es una clave del ascenso profesional
Diseñadoras de moda	Irrelevante, aunque permite conectar con el cliente	Corrección estética	Mantiene confianza por comunidad de <i>habitus</i>

Fuente: *La cara oscura del capital erótico. Capitalización del y trastornos alimentarios*

Un mapa del mercado de trabajo como mercado corporal

El cuadro anterior ordena los resultados más relevantes de mi investigación. Distribuye el material cualitativo alrededor de tres ejes ya presentados (carne, corrección estética y facilitación de ambas, o de las dimensiones implicadas de cada una, para la identidad profesional). Las diferentes incitaciones hacia el cuerpo, o hacia ciertas dimensiones del mismo, revelan cuánto y hasta dónde cada espacio profesional permite la capitalización del cuerpo. En ninguno de ellos, por lo demás, la capitalización se produce sin que se la conteste.

En cada entorno me preocupé por delimitar secuencias de trastornos alimentarios en las que la atribución causal incluyera de manera evidente la conexión con tareas o actividades en el trabajo. Con esto, debe aclararse, no quiero decir que la conexión fuera exclusiva y que la implicación de otros componentes (así: psicológicos, resultados de presiones de la cultura profesional que genera autoidentificaciones) resulte irrelevante. No he trabajado con protocolos ni razonamientos experimentales y los contextos que constituyen un acontecimiento social no pueden descomponerse. Pese a lo cual, pude aislar redes causales que producían lugares fácilmente habitables por los trastornos alimentarios, lugares en los cuales volverse corporalmente loco parecía de lo más razonable.

Oficios obreros y mercado corporal tenso

Los proyectos de capitalización, mediante la inmersión en juegos de competencia estética, requieren un mínimo de proyección temporal, ya sea en el puesto de trabajo, ya sea en el espacio profesional. De lo contrario, el cuerpo se convierte en objeto de depredación masculina, sin que quepa integrarlo en un proceso de adquisición coherente de capital cultural, que se encuentre adaptado específicamente a una cultural profesional específica.

Es algo que, por ejemplo, detecté en el oficio de camarera. Los empleos de este tipo pueden ser previstos como etapas para otro itinerario profesional o, con mayor proyección temporal, como un itinerario profesional específico, buscando la permanencia y estabilidad en el sector. En lo que a los recursos corporales compete, los empleadores recogen una oferta de fuerza de trabajo cuyas propiedades estéticas son susceptibles de explotar, mas solo en el caso en el que se les presente un cierto plan de estabilidad. Dentro del primer modelo de camarera (presente en mi descripción) pueden aparecer personas con modelos morfológicos adaptados a las necesidades de la patronal (por ejemplo, trabajadoras con cultura somática distinguida que buscan otro empleo de mayor cualificación); en el segundo también, aunque en ocasiones requiere transformaciones corporales

específicas —así, procesos de adelgazamiento donde las personas, a posteriori, pueden situar las primeras fases de una anorexia o una bulimia—. En el primer caso, los trastornos alimentarios pueden preexistir y resultan reforzados por el ambiente profesional. En el segundo, la actividad laboral puede requerir definiciones nuevas del cuerpo. Los objetivos planteados sólo pueden sostenerse por medio de remodelaciones radicales de la morfología corporal: los gustos, pero también los espacios sociales ligados a los gustos (redes familiares, afectivas, amistosas, formas de ocio). La manera de habitar el mundo debe cambiar y, en la nueva escala de preferencias, todo intenta ser trabajosamente ordenado con vistas a la consecución de un cuerpo adaptado a los requerimientos del empleo. El aspecto corporal distinguido se convierte en centro de interacción dentro del trabajo. Éste, por lo demás, no se limita a un trabajo de exhibición: a menudo se compagina con trabajo físico de entidad, con horarios laborales interminables, con tiempo escaso para prepararse una alimentación que permite mantener la figura, con salarios de pobreza. La restricción alimentaria permite mantener la figura aprovechando el esfuerzo físico y economizando en gastos de tiempo y materiales para comer ordenadamente.

Entre las vendedoras se suceden buena parte de tales condiciones (jornadas agotadoras, trabajo físico, escaso tiempo para ordenación del cuerpo) pero con un añadido fundamental. Las tiendas de ropa suelen exigir encarnar sus modelos en los cuerpos de sus vendedoras. No todas las cadenas lo hacen así, lo cual implica que puede apelarse a otra definición del empleo de vendedora, definición amparada en la propia historia del oficio. En cualquier caso, si se renuncia a esa lucha o se carece de fuerzas para imponerlas, la morfología de elite debe acompañarse con un alto consumo estético y con una adquisición de recursos culturales raros: una vendedora no solo encarna recursos estéticos, también sabe interpretarlos como capital cultural objetivado. Las secuencias en los grupos de discusión muestran cómo pueden surgir los trastornos alimentarios pero también como pueden contrarrestarse las exigencias corporales centrándose en una definición “técnica” del oficio, definición a la que puede ayudar poderosamente la tenencia de certificaciones académicas que esgrimir en el trabajo. Con estas, la trabajadora puede definir una competencia sin necesidad de encarnarla. O, puede ser otra posibilidad, puede apelar, en sus disputas con la dirección, a una clientela con cuerpos heterogéneos como interlocutor virtual de su tarea. Los conflictos respecto a qué constituye un cuerpo valioso permiten alternativas a las exigencias más duras de capitalización. La trabajadora se reivindica como buena vendedora, capaz de atraer clientela con morfologías diversas. La lógica de la rentabilidad económica puede entonces blandirse contra la encarnación de los modelos de elite. Una lectura atenta de las dinámicas en torno al cuerpo permite comprender la complejidad de los frentes de batalla que pueden movilizarse. La situación de las vendedoras guarda

homologías con la de las diseñadoras: estas pueden reivindicar su capacidad de vestir cuerpos plurales y apelan a la racionalidad económica para cuestionar la delgadez imperativa en la moda.

Empleos cualificados: la ambigüedad del capital erótico

Los empleos cualificados alternan dos tendencias. Por un lado, son aquellos donde más se hace sentir la presión general a incluir la ortodoxia corporal entre los atributos de las elites. Por otro, la existencia de un capital cultural institucionalizado y específico, permite objetivar críticamente tal capital erótico como un recurso ilegítimo, un uso de moneda falsa en un mercado que debe regirse por otra baremación de las cualidades.

En dos de los empleos, la conexión de las actividades con los trastornos alimentarios resultan difícil de establecer. Las profesoras y las diseñadoras pueden, por razones distintas, acometer su trabajo con escasas preocupaciones por encarnar los prototipos dominantes del delgadez. Las primeras escudándose en sus competencias intelectuales, garantizadas por campos que exigen el acceso por medio de un capital cultural estrictamente institucionalizado y en el cual no existe conexión lógica alguna con el estilo corporal de elite. Las segundas sí se encuentran conectadas con semejante estilo. Sin embargo, pueden protagonizar desvíos distintivos respecto de la norma: por ejemplo, resaltar su creatividad para vestir correctamente cuerpos heterodoxos —que, por supuesto, existen también en las elites—. Pueden, en fin, ampararse en su capital cultural institucionalizado en el mundo de la moda (mediante certificaciones otorgadas por instituciones estatales o empresariales) o en su poder de lectura del capital cultural objetivado: con ambas estrategias evitan encarnar las exigencias dominantes más lesivas para sus hábitos corporales.

En otras tres profesiones las exigencias corporales pueden ser intensas y reclamar siluetas altamente exclusivas. En todos los casos, no se padecen las economías escuálidas ni las jornadas de trabajo agotadoras características de los oficios obreros. Por tanto, los recursos para capitalizar el cuerpo son muy superiores. Los trabajos de relaciones públicas pueden protegerse de las sanciones más carnales refugiándose en una alta corrección estética. Más complicado resulta en el oficio de periodista, en el cual la alta exposición pública de las trabajadoras aposenta una norma de ortodoxia muy exigente. En el caso de las artistas, la creciente exhibición carnal promueve también la proliferación de cuerpos estandarizados en la delgadez incluso en campos (por ejemplo, la ópera o el flamenco) donde en fechas recientes abundaban personas con siluetas plurales cuando no francamente desviantes.

Conclusión: un campo de trabajo abierto

Terminaré esta introducción al dossier señalando qué considero abierto en mi campo de investigación. De este modo, ofrezco también líneas de mi trabajo futuro y señalo qué esfuerzos considero necesarios, tanto en la dirección del aquilatamiento conceptual como en el de la profundización empírica.

Lo haré en dos planos, que me servirán para advertir ganancias adquiridas en mi investigación y caminos aún sin explorar o aspectos que requieren profundización. El primer plano se referirá al modelo de capitalización del cuerpo que he ofrecido: cuál es su naturaleza sociológica será el asunto fundamental que abordaré. El segundo plano insistirá en los procesos —localizados o de mayor alcance— de descapitalización del cuerpo. Esto me conducirá a profundizar el estudio de las prácticas de resistencia corporal con sus supuestos sociológicos pero también morales y filosóficos. Tales prácticas de resistencia han sido, me parece, analizadas suficientemente en los materiales presentes en este dossier, fundamentalmente en el libro publicado por Akal. Insistir en el asunto implica cierta previsión de los resultados posibles de la teoría social crítica del cuerpo, a la cual he intentado aportar análisis y argumentos.

Un hecho institucional plural: la capitalización del cuerpo

A menudo se usa la palabra cuerpo, cuando podría decirse individuo, persona u otra palabra menos específica. Si cambiamos los términos, no aparece ninguna operación empírica distintiva ni tampoco un campo semántico nuevo. Así, por ejemplo, Judith Butler puede escribir:

“El cuerpo no es solo una entidad definida con límites fijos, sino que es un conjunto de relaciones con el alimento, con el techo, con la sexualidad, con la apariencia, la audibilidad y la visibilidad. Está inmerso -o extraído de- un conjunto de relaciones sociales institucionales que determinan en parte si la vida corporal puede subsistir. Un cuerpo no puede existir sin otros cuerpos, y el binomio implicado por “uno mismo y el Otro” no hace justicia a la pluralidad de cuerpos que constituyen el pueblo” (Butler, 2014: 70)

Puede uno preguntarse qué se perdería si, en lugar de cuerpo, Butler escribiese sujeto u hombres y mujeres. Nada, porque su análisis profundiza escasamente o nada —ni en este ni en otros textos— en cómo la apariencia, el alimento —la sexualidad es una excepción— jerarquizan los cuerpos y les imponen distintas condiciones para ser vistos, escuchados, ensalzados o estigmatizados.

Creo que mi reconstrucción teórica evita esa trampa. En primer lugar, evita el recurso a la yuxtaposición de actividades sin aclarar su vínculo interno: sobre el alimento, la manera de vestirse o de desear existen conflictos propios a una especie de capital cultural, el capital cultural erótico: se trata de un capital con sus dimensiones encarnadas, institucionalizadas y objetivadas. En segundo lugar, ese capital no ha existido siempre. El cuerpo se convirtió en un lugar más o menos previsible de significación —y, por tanto, se estandarizó cómo alimentarse o vestirse— cuando se fusionaron tres procesos, lo cual sucedió entre el siglo XIX y el XX, justo cuando comenzó a articularse el nicho ecológico de los trastornos alimentarios. Esos tres procesos nos permiten compartir un trasfondo común: el cuerpo puede cambiarse (y es sano hacerlo), el cuerpo bello tiene ciertas propiedades claras, sobre todo, aquella que queda —supuestamente— a merced del individuo (la esbeltez) y, en fin, el cuerpo cincelado y bello transmite fiabilidad moral —no es, por tanto, signo de un cuerpo que denota poca inversión política o cultural, dado que las capas con mayor capital cultural convirtieron la esbeltez en símbolo de distinción—. El Índice de Masa Corporal testimonio de salud, de belleza y de correcto cuidado puede ser un significante general de ese capital.

Mi propuesta, entonces, permite hacer ciertas predicciones: el cuerpo no será capitalizable si se concluye que no puede transformarse sin graves daños (como afirman ciertos investigadores críticos con la “ciencia normal” sobre la obesidad), si se multiplican modelos de corpulencia y de belleza ajenos al que empezó a facturar a principios del XIX la juventud *byroniana* o la bohemia francesa a mediados y finales y, ya a principios del XX, el nutricionismo americano; si, en fin, los cuidados corporales se percibieran como inversión fútil, que aleja de otros cuidados más importantes. Sin tales componentes, o sin alguno de ellos, la ortodoxia corporal decaerá.

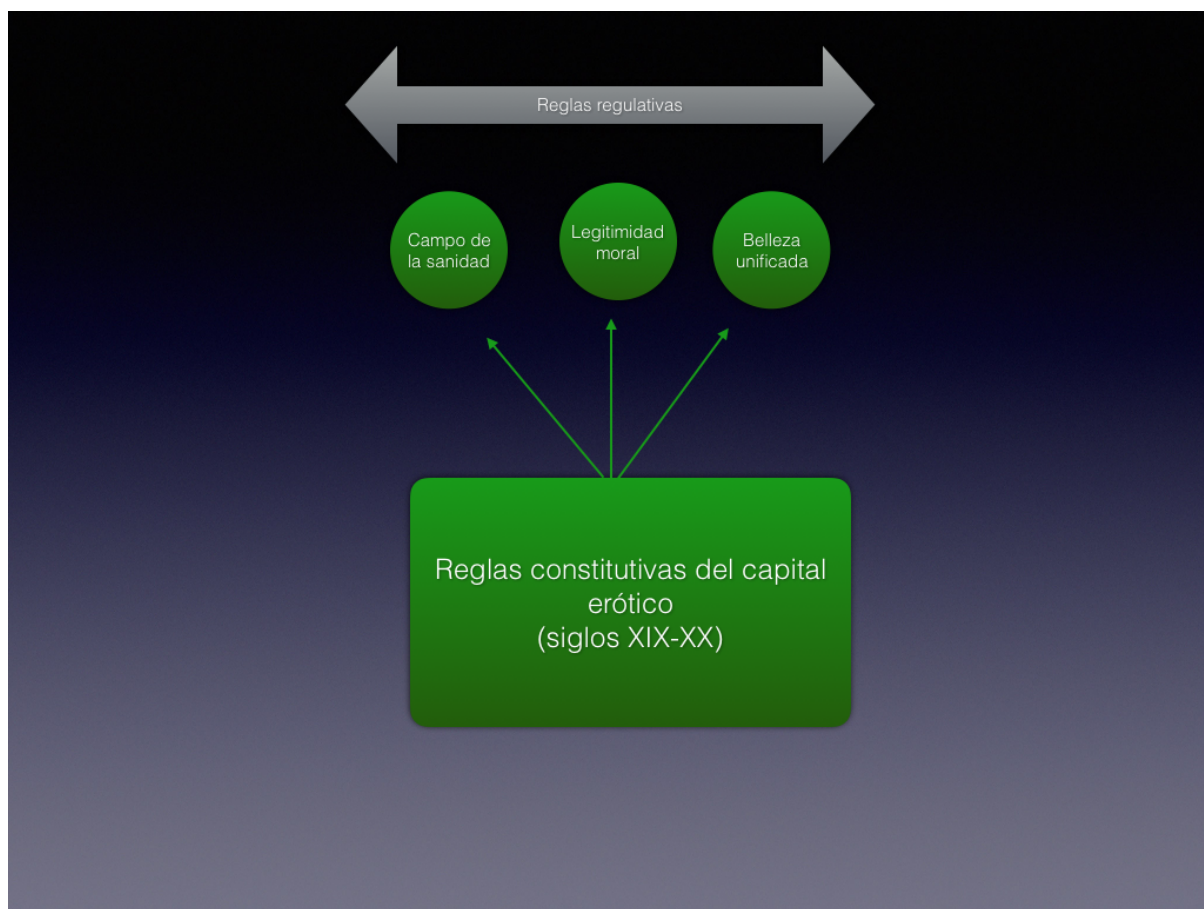
He hablado de hecho institucional y con ello me refiero a un autor que no aparece entre mis publicaciones. John R. Searle (1997: 23) acuñó el concepto de hechos institucionales para designar la ingravidez e invisibilidad de la compleja estructura de la realidad social. Los hechos institucionales se apoyan en los que denomina hechos brutos, que subsisten independientes de la cualquier imposición de significado. Los completan con imposiciones simbólicas densas, dependientes de determinados juicios de valor. El cuerpo humano funciona, inspirándome en el marco de Searle, como un hecho bruto, los significados que se concitan en torno a él —y que lo presuponen— van mucho más allá de su realidad física. La idea de que esa realidad no puede acoger cualquier narración simbólica, y que por tanto no es infinitamente plástica, me parece un principio analítico importante. Alrededor del cuerpo hemos congregado una materialmente ingravida —aunque moralmente puede ser pesadísima, por sus dañinas consecuencias— metafísica.

Los hechos institucionales, como el que permite la capitalización del cuerpo, son un resultado histórico, lo cual no los hace menos objetivos, menos determinantes materialmente. Poco

puede debatirse la importancia del cuerpo en la capitalización contemporánea de los individuos — sin que eso signifique convertirlo en la capitalización clave: la realidad social nunca se ordena en torno a un principio único y que jerarquiza sin contestación—.

Conflictos sobre el cuerpo: clarificar las reglas regulativas

Cuando se constituye, por adición de tres procesos, el hecho institucional que permite capitalizar el cuerpo, éste comienza a regularse dentro de configuraciones sociales interconectadas pero también autónomas. Cada una de ellas tiene pautas de regulación específicas: el sistema de salud (legitimador de la disponibilidad pedagógica) obedece a imperativos científicos y prácticos; no es la misma lógica a la que obedecen las jeraquizaciones de los cuerpos dentro de los prototipos de belleza ni, obviamente, las proyecciones de fiabilidad moral sobre los cuerpos tonificados y delgados. La diferencia entre reglas constitutivas y regulativas de un hecho institucional permite clarificar el sentido del modelo y las tareas empíricas que puede inspirar. Las reglas constitutivas crean un hecho institucional. Las regulativas permiten que éste se reproduzca dentro de determinadas pautas aceptadas.



Reglas constitutivas y regulativas del capital erótico

Los conflictos, por supuesto, se encuentran interconectados. En *La cara oscura del capital erótico* avanzo la hipótesis de prácticas de salud colonizadas por estereotipos sociales acerca de la delgadez y la gordura, en suma, por algo que puede incluirse dentro de los significados sociales; significados que desbordan ampliamente las exigencias de salud, si es que pudiéramos establecerlas al margen de la experiencia social y cultural. Percepción que comparto con Laura Fraser (1997: 211) quien refiere cómo muchos investigadores sobre obesidad —entre los que se cuentan algunos voceros científicos del lobby del adelgazamiento— sufren tremendas subidas y bajadas de peso. Siguiéndolos en diferentes conferencias a lo largo del tiempo, le permite constatarlo sin mucho esfuerzo. Por no hablar de la vinculación con la industria del adelgazamiento, de la que dependen muchos de sus fondos; incluso, en ocasiones, el investigador es un actor económico en la misma industria. En cualquier caso, no son la belleza o la autoestima —o el éxito económico como empresario económico y moral del adelgazamiento— las que los convierten en investigadores, sino pautas organizadas de discusión y confirmación de sus propios datos. Los conflictos alrededor de la morbilidad de la obesidad y el sobrepeso, de la efectividad de las dietas o de las intervenciones

quirúrgicas sólo pueden resolverse por medio de la discusión en el espacio de las ciencias de la salud. De hecho, como se ha mostrado, ya sucede. Laura Fraser narra cómo un panel de expertos seleccionado por los organismos de salud del gobierno norteamericano concluyó, tras escuchar a los abogados científicos de la posibilidad del cambio de peso, que las dietas no funcionan y además crean nuevos problemas de salud.

Las denuncias de la calidad de la discusión, ya sea por sus sesgos culturales o por su incuria científica, comparte rasgos generales con la desconfianza respecto de los sistemas expertos, en el caso tanto el de los científicos como el de la política pública y sus instituciones de salud, pedagógicas, etc. Hablar de sistemas expertos puede parecer abusivo en un caso como el del cuerpo, dada la enorme dispersión de especialistas y prácticas. Se trataría de sistemas no especialmente coordinados, pese a lo cual, los distintos agentes se acuerdan en dos puntos: la denigración de la gordura y la presunción de que el cuerpo resulta modificable. Bien, contra el autismo de los sistemas expertos podría defenderse una democratización de las tomas de decisión, haciendo entrar en la discusión a los profanos. Siempre cabe discutir a cuáles: ¿a las diferentes corrientes de especialistas, tal y como ocurre en la conferencia referenciada más arriba? ¿A personas que han experimentado, con éxito o sin él, sus recomendaciones? ¿No parece lógico incluir en las deliberaciones a personas que legitiman y critican la industria del adelgazamiento pero también a usuarios gozosos o críticos? ¿Por qué no también a personas ajenas a todo ello, sorteadas por el sistema de muestra representativa y que se constituirían en grupo de deliberación? Hace muchos siglos Aristóteles señalaba cómo muchos legos eran mejores que pocos expertos. Los últimos tienden a encerrarse en su especialidad y a escuchar con suspicacia a los expertos rivales. Los ciudadanos normales, por el contrario, libres de la ansiedad por brillar en el campo (o conseguir fondos económicos...) pueden constituir un público más razonable para equilibrar las dimensiones complejas de un problema. Josiah Ober (2008) tiene el mérito de haber rescatado este principio epistemológico de la democracia antigua —Aristóteles pensaba en los jurados sorteados para los concursos de tragedias— cómo un valor contemporáneo para permitir la emergencia del conocimiento implícito de los ciudadanos.⁸

El problema no es fácil de resolver, lo que muestra todo el interés sociológico —y político— de la posible introducción de foros híbridos (entre especialistas y profanos) en la discusión de las políticas sobre adelgazamiento. Esos foros híbridos variarían en intensidad —como más o menos implicación de los profanos—, en apertura —con mayor o menor nivel de representatividad de los portavoces y con una implicación plural o no de grupos— y, en fin, en la calidad del debate —según

⁸ Sobre los problemas de la democracia técnica y la introducción de jurados deliberativos sorteados véase Sintomer (2011: 203-204).

el tono de las intervenciones— (Callon, Lascoumes, Barthe, 2001). Las preguntas que se imponen son de entidad. ¿Qué saber pueden reivindicar los profanos sobre cuestiones que requieren familiaridad con el conocimiento especializados? Pero, ¿no tienden los expertos a presentar —doy fe— como evidentes datos sobre los que la comunidad científica conoce litigios no resueltos? ¿Quiénes son los expertos a los que la administración trata de tales? ¿No hay entre ellos profesionales de las ciencias de la salud que repiten, con aplomo e ignorancia, cierta versión publicitaria de la ciencia (o pseudo ciencia) del adelgazamiento?

Hay más preguntas, pero no se trata de exponerlas exhaustivamente, sino de apuntar cómo los conflictos sobre el cuerpo, en este y en otros espacios, ayudan a clarificar las diversas reglas regulativas de nuestro hecho institucional, cómo se diferencian y cómo se superponen.

Menos fáciles de cernir son las reglas que organizan la unificación —siempre relativa, jamás absoluta— de los sistemas de belleza. En *La cara oscura del capital erótico* se ha dado cuenta de cómo pueden crearse pautas relativamente minoritarias de jerarquización de los cuerpos y de su tremenda fragilidad. Sin embargo, la perspectiva socioetnográfica tiene aún mucho que decir al respecto. Por un lado, sobre las suspensiones de la dimensión encarnada del capital erótico en profesiones modestas o cualificadas y las luchas, a menudo discretas pero no menos feraces, por impedir la colonización de los entornos profesionales por el capital erótico. Por otro lado, sobre reordenaciones de la intimidad personal a partir del fracaso de los cuerpos por interiorizar las morfologías dominantes. Nuevas pautas de apreciación y disfrute del cuerpo pueden surgir, quizá como consecuencia de nuevas reglas en un sistema experto de salud menos propenso a la gordofobia.

Y aquí puede mostrar su valor crítico la comentada diferencia entre hechos brutos —que existen independientemente de cómo los designemos— y los hechos institucionales, nacidos de sistemas culturales de imposición de significado (Searle, 1997: 66, 91). Los cuerpos deben tener, como ciertos hechos brutos, algunas propiedades para introducirse en los hechos institucionales que los definen, les atribuyen valor o los excluyen: la delgadez como imperativo no permite, debido a las propiedades “brutas” del cuerpo, la misma plasticidad que permite a cualquier objeto funcionar como dinero. En parte a eso se debe la dificultad de establecer equivalentes institucionales del capital erótico. La materialidad del cuerpo le impide acoger cualquier designación cultural.

Por lo demás, la creencia en un cuerpo moldeable es un elemento fundamental de las teorías de la acción racional. En su despiste, estas presumen un sujeto separado del mundo, que lo conoce, jerarquiza sus preferencias respecto al mismo y se propone cursos de acción. Hans Joas (2013: 226), en su convincente balance de la creencia en la acción teleológica, recordaba la existencia de una intencionalidad pasiva, que desborda la conciencia del actor, y que surge de la experiencia corporal del individuo. Ese cuerpo, imposible de amaestrar por las dietas y las disciplinas, además de

influencias de orden neurobiológico, ¿no exhibe una intencionalidad en la que “nuestro cuerpo simplemente revela intenciones diferentes a las que deseábamos compartir gustosamente”?

Joas reconstruye —en la neurofisiología, en la psicología pragmatista, en la filosofía de Merleau-Ponty— el surgimiento de la idea de un esquema corporal, capaz de orientar la acción humana, de establecer una cartografía de los movimientos posibles, del mundo susceptible de ser habitado y de cuál queda fuera de nuestro alcance. Los brillantes desarrollos de Joas quedan restringidos a la historia de la filosofía y el pensamiento social. Pero esta noción de esquema corporal —la segunda en su descripción del cuerpo, tras la intencionalidad pasiva— permite interrogarnos por la lógica del sistema de belleza.

Las reglas regulativas del sistema de belleza pueden aprehenderse en quienes persiguen ampliar los cánones, pues quienes los restringen sólo endurecen los criterios del paradigma dominante. Valga el ejemplo de la página *Modelos XXL*, que nos muestra a personas gordas cómo objetos de admiración erótica, ataviadas con prendas que de ordinario se asocian con personas delgadas.⁹ La página propone así una remodelación de los cuerpos susceptibles de ser exhibidos, aplicando a los mismos la misma puesta en escena: ropa íntima —que muestra el cuerpo sin dejar de marcarlo con los signos sociales de la excelencia erótica—, poses de provocación, aspecto seguro. Cabe cuestionar la gordura de muchas modelos de la página, y puede señalarse que todas ellas son jóvenes, lo cual parece funcionar como un mínimo para la inserción en el mercado de los cuerpos susceptibles de ser exhibidos. El análisis sociológico de cómo se amplía, se fragmenta o se unifica respecto de un mercado dominante el sistema de designación de la belleza debe incluir a los especialistas (que pueden encontrarse en conflicto: modistos, escritores sobre el particular, modelos, especialistas en cirugía, jurados de concursos de belleza, especialistas deportivos...) con sus recepciones por parte de los profanos.

Por este camino surge toda una economía de los cuerpos a mostrar y a desear. Pero quienes crean que el cuerpo contiene pautas de vergüenza y orgullo, de deseo y de asco, socialmente producidas pero no menos asentadas, no pueden satisfacerse con las innovaciones culturales entre los especialistas del cuerpo. Los fracasos repetidos pueden impulsar que los sujetos revisen su experiencia y, en algunos casos, conozcan nuevas pautas de estima erótica. Pero el cuerpo de nuestros hábitos —así lo llama Joas (2013: 239)— no es fácil de modificar: gusta de permanecer, como un esquema corporal que recorta la posibilidad de nuevas acciones, aún cuando pretendemos llevarlas hacia hábitos distintos. En soledad parece difícil modificar nuestro esquema corporal, necesitamos enfrentarnos a nuevos cursos de acción y valoración, sin olvidar la solidez de lo que un día condujo nuestro cuerpo.

⁹ Véase <http://www.modelosxl.com/>. Consultado el 7 de julio de 2016.

Nuevos significados morales pueden así caer sobre la persecución de una morfología corporal estándar. Si el cuerpo no está completamente disponible, si otros procesos de definición de la belleza adquieren estabilidad y extensión, cabe esperar nuevas políticas públicas y la extensión de movimientos sociales enfrentados a la dictadura de la delgadez, en suma: defensores de nuevas maneras de habitar los cuerpos, disfrutarlos, exhibirlos y cuidarlos o, lo que viene a ser lo mismo, de descapitalizarlos. Páginas como *Stop Gordofobia* combinan la denuncia de la discriminación corporal con la impugnación de los estigmas morales asociados a la gordura.¹⁰ Buena parte de sus contenidos podrían influir los programas políticos de los movimientos sociales y de los partidos, cuando no generar nuevos actores políticos.

Un cuerpo se fortalece o se debilita en un debate con las perspectivas ajenas que interiorizamos como valiosas —y entro así en el tercer elemento delimitado por Hans Joas—. Sin esperar un conjunto de reacciones mínimas de los demás, pocos pueden arriesgarse a enfrentarse a las rutinas. Por ejemplo, las contestaciones del orden establecido pueden ser muy conservadoras alrededor de los patrones corporales. Los recientes años de movilización política no han sabido abrir el paso a dirigentes de cuerpos heterodoxos. Bien al contrario, y con alguna levisima excepción (por ejemplo, la alcaldesa de Barcelona Ada Colau, quien se hizo tratar de gorda por un periodista desenfadadamente reaccionario¹¹), las personas o no estaban disponibles a asumir la sobreexposición mediática, o los propios criterios de exposición favorecían a dirigentes de apariencia ortodoxa —en el caso, delgados, el articulador común de salud, belleza y fiabilidad moral—. Parece confirmar lo que señalaba Eva Illouz (2007: 175-182), que la exposición en Internet y en la televisión refuerza, primero, una hiperconciencia del aspecto físico, segundo, la conversión del cuerpo en un valor social. Pero para que haya tenido efectos tan marcados deben añadirse dos dimensiones más, señaladas por Illouz: que se abrace la situación y se compita por medio del cuerpo a través de su continua exhibición pública. Un estudio de los efectos que el campo político, y su colonización mediática, tiene en los cuerpos y su puesta en valor sería sumamente significativo.

Que esto haya sucedido en entornos empachados de teoría social crítica (Butler, Foucault, Bourdieu suelen centellejar cuando se escuchan sus conversaciones) confirma la perspectiva de Joas: los otros interiorizados, los que me animan o me permiten estimar mi cuerpo, son ideológicamente transversales y suelen emitir señales de legitimación del orden de los cuerpos incluso cuando presumen de alterar el orden del mundo.

¹⁰ Véase <http://www.stopgordofobia.com/>. Consultado el 7 de julio de 2016.

¹¹ Intenté una reconstrucción sociológica del acontecimiento en mi blog: <http://moreno-pestana.blogspot.com.es/2014/04/quiero-ser-gorda-como-ada-colau.html>.

Del capital erótico a la razón erótica

Es el momento de conectar la sociología con la filosofía moral, y de hacerlo en conversación con una obra cuya lectura me acompañó durante los años consagrados a esta investigación. Antoni Domènech (1989: 202, 248) señaló dos puntos ciegos en el modelo de acción del individuo de la modernidad. El primero surge de la aceptación de las pautas de comportamiento dominantes, considerando que todo intento por transformarlas resulta irrelevante. ¿Para qué contribuir con líneas de acción alternativas, cuando serán borradas como un rostro de arena por el mar? ¿Cómo, yendo al problema que trato, rebelarse contra la escenificación del cuerpo cuando eso me abocaría a ser penalizado negativamente? Si lo que perseguimos es ver reforzada nuestra autoestima —es el segundo punto ciego— necesitamos aclimatarnos a los modelos dominantes. El individuo liberal, el individuo moderno, toma su estructura de motivaciones como un dato irremisible. Son sujetos, según Domènech, tendentes a la planicie moral: ¿quién necesita, recuperando a Joas, explorar sus tendencias de intencionalidad pasiva, las articulaciones de los hábitos con su cuerpo o los interlocutores corporales encarnados como referentes, cuando todo ello le parece de imposible remoción?

Frente a esa estructura de razón que Domènech llama “inerte”, recuerda otra, a la que denomina razón erótica, y que encuentra en la filosofía del individuo clásica, sedimentada en la obra de Platón y Aristóteles: aquella que consideraba que los individuos pueden trabajar dos dimensiones de su experiencia: una, que también conoce el individuo liberal, es el contexto exterior de oportunidad, el conjunto de cursos de acción plausibles conectados a la consecución de nuestros objetivos. Otro es el contexto interior de oportunidad, concepto en el que vale la pena detenerse.

Nuestro contexto interior de oportunidad se encuentra formado por pautas que operan en nosotros, algunas de imposible transformación y otras susceptibles de ella. La crítica de Joas al modelo la acción teleológica, si se toma en serio, proscribía imaginar un sujeto capaz de armar y desarmar su esquema corporal, de encauzar a voluntad sus propensiones o de colocar sus buenos referentes de acuerdo a un plan conducido con absoluto autodomínio. Domènech no parece muy consciente del problema. Como condición de la transformación de nuestras preferencias propone un individuo dueño de sí mismo, o al menos conocedor lúcido, capaz de no dejarse birlar sus buenos objetivos por tendencias perversas de su comportamiento. Creo que no podemos acogernos a modelos demasiado excelsos de reflexividad.

Pero esto no quita interés a la reconstrucción del filósofo catalán. Para el pensamiento griego, en el cual localiza su razón erótica, no podía haber bienes públicos con vicios privados. Al contrario, los bienes privados sólo deben generarse contribuyendo al bien público. De lo contrario,

se verán abocados a la peor de las situaciones posibles. Cediendo ante lo que íntimamente desprecian —por especulación sobre mal menor o por chato oportunismo— incentivarán tales renunciaciones: es muy fácil que acaben rodeados de individuos que actúen igual, con lo que contribuirán a desertizar la realidad de aquello que consideran más valioso.

Inspirándose en Domènech se sigue una conclusión obvia. El trabajo sobre el cuerpo exige la profundidad psicológico-moral y abandonar el principio de irrelevancia. El cuerpo no es manejable a voluntad, no se le puede tratar como a un esclavo, recuerda Domènech (1999: 182). Efectivamente, la alternativa a la aceptación de nuestras preferencias puede ser la imposición espartana de otra norma compulsiva. Cuando critiqué a Hakim (en “Sobre el capital erótico como capital cultural”) recordaba que con el cuerpo hay que amigarse y no puede uno tratarlo como una simple herramienta. La exploración de nuestra naturaleza interna socializada permite, porque todo sujeto incorpora referentes plurales, potenciar ciertas tendencias pasivas en detrimento de las que nos espantan, reformar, aunque fuese con modestia, los hábitos con los que esquematizamos nuestra experiencia, en fin, explorar otros vínculos afectivos con otros referentes corporales.

Dicha exploración psicológico-moral siempre es sociológica, obviamente de una sociología profana, pues con ella debemos levantar acta de qué mundo construimos con nuestras operaciones cotidianas. Descartando el fatalista principio de irrelevancia, recorremos el primer paso a la acción política. Para nuestra historia, la lección está clara: descapitalizado, el cuerpo deja de estar completamente prendido a las valoraciones hegemónicas, y su valor en mercados anónimos deja de ser relativamente previsible. Puede, sin embargo, que su experiencia erótica se intensifique, en otra escala y respecto de otros interlocutores —no anónimos, sino encarnados en los entornos próximos—. El VII capítulo de *La cara oscura del capital erótico* se ha dedicado a este problema, en una doble dimensión que la literatura científica suele masivamente obviar: cómo puede salirse socialmente de la desviación destructiva —la sociología suele especializarse en cómo se entra— y de qué modo puede trazarse un vínculo entre el sufrimiento corporal y su politización. Soy consciente de que en ese camino de exploración moral de nuestra psique socializada y nuestros posibles sociales, el trabajo en ciencias sociales tiene aún mucho que aportar. Aunque sea por una razón muy simple. No somos demasiados los que trabajamos en dicha dirección.

Ajustamiento, justicia, ágape

Entre ellos, no carece de interés la teoría del ágape de Luc Boltanski. No resulta posible, en esta presentación, tratar con el esmero requerido la discusión con esta propuesta que, por si fuera poco, surge de un problema próximo al aquí estudiado: cómo individuos marginados y excluidos —que aparecen ante sus próximos como casi enfermos mentales— intentan convertir su sufrimiento particular en una causa políticamente legítima (Boltanski, 2011: 21). Señalaré primero qué me parece productivo de su teoría para presentar después ciertas reservas en dos planos: su construcción teórica del modelo de amor y la antropología sociológica que supone.

Comienzo con lo que consideró inspirador. Boltanski nos ayuda a comprender cómo pueden activarse los procesos de revisión psicológica de la razón erótica. Existen, nos explica, cuatro regímenes de acción, dos de ellos basados en la disputa, los otros pacificados. Los centrados en la disputa son la violencia —que confronta a las personas o las cosas como fuerzas a las que someter— y la justicia, la cual supone procesos de argumentación en torno a principios comunes. Esos principios comunes pueden pertenecer a múltiples órdenes y encontrarse en conflicto, tal y como explica la sociología de las diferentes ciudades elaboradas por el autor con Laurent Thévenot: ciudad inspirada, ciudad doméstica, ciudad del renombre, ciudad cívica, ciudad mercantil y ciudad industrial (Boltanski, 2011: 497-498). Así, en el orden doméstico no se cuestionará que se ayude a un familiar, mientras que en el orden político tal acción violaría el principio de común ciudadanía. No resulta raro que los individuos actúen —en una común situación— guiados por demandas de justicia procedentes de órdenes distintos; pese a todo, se acuerden o no respecto del orden en el que hablan, una demanda de justicia supone que los individuos comparten ciertos equivalentes comunes.

Esos equivalentes comunes aparecen también en otra situación que no es de disputa, sino de paz (más adelante hablaré de otro régimen de paz, el de ágape, que prescinde de cualquier equivalente). Boltanski la llama *justesse*, cuya traducción puede ser la de ajustamiento. En las situaciones de ajustamiento los individuos se encuentran engarzados automáticamente con ciertas prescripciones objetivadas. Por ejemplo, para ser bello hay que evitar el sobrepeso según el IMC, que además es de utilidad en la carrera laboral. Mientras que el régimen de justicia explicita los equivalentes, en el de ajustamiento estos ejercen su influencia en el silencio. Ahora bien, esos regímenes donde el habitus y la situación —Boltanski rechazaría tales conceptos— se encuentran en comunión, pueden venirse abajo debido a un proceso de cuestionamiento de los equivalentes. Tal vez, sigo con mi ejemplo, porque el ajustamiento se revela imposible sin graves daños subjetivos. En ese caso, el régimen revelaría que no es accesible a cualquier empleado sino que exigiría esfuerzos no reconocidos (Boltanski, 2011: 141). Una disputa acerca de las recompensas que merece la

capitalización del cuerpo explicitaría los equivalentes y los introduciría dentro de un conflicto sobre la justicia; ya sea para reafirmarlos o para cuestionar que tales equivalencias sirvan efectivamente en el trabajo. En mi modelo, esto llevaría a disputas acerca de qué parte del capital erótico valorizar: aquella que se encarna en el cuerpo o la que atiende a los cuerpos ajenos y les otorga posibilidades más allá del canon de belleza. Puede llevar también a recusar completamente el valor implícito que se otorga al capital erótico desde consideraciones económicas —una vendedora es más rentable si acoge cuerpos plurales— o simple y llanamente considerándolo ilegítimo —una barman, una vendedora o una profesional trabajan con recursos en los que la encarnación del canon es un obstáculo para su actividad—. La revisión reflexiva de los propios sentimientos quedaría entonces descrita, siempre según el marco de Boltanski, como el paso de un régimen de ajustamiento a uno de disputa por la justicia. Boltanski (2011: 146) precisa que el malestar acerca de qué equivalentes son los que deben asumirse y defenderse presenta rasgos muy comunes con lo que conocemos como enfermedad mental.

Hasta aquí los acuerdos. Más problemático me parece cómo elabora Boltanski una sociología de los estados de ágape. Estos, como los de ajustamiento, son estados de paz pero no porque los individuos asuman implícitamente los equivalentes dominantes, sino porque renuncian a cualquier equivalente. En el amor los individuos viven en perpetuo estado de don, sin atender a que este sea devuelto. De hecho, cuando alguien lo hace, el sujeto continúa con una conducta que no respeta los ciclos de equivalencia, ya que estos amenazarían con introducirlo dentro del régimen de justicia, en el que se da y se recibe. Para caracterizar dicho estado, Boltanski se apoya en la literatura que alcanza desde los padres de la Iglesia hasta San Francisco y Kierkegaard y se separa explícitamente el modelo griego de Eros. Aquí comienzan los problemas pues la descripción de este es notablemente discutible.

Boltanski considera que la idea griega del amor erótico, que separa amor vulgar e intelectual, tiene una importancia mayor en las ciencias sociales. Tanto Freud como Durkheim contraponen una tendencia egoísta a un amor socialmente tolerable, alcanzado según el vienés por los meandros de la sublimación y para el sociólogo mediante la introducción de un imaginario social no egoísta (Boltanski, 2011: 216). No discutiré la antropología de Freud y Durkheim. Mas Eros no es, como Boltanski pretende, una construcción que desdeña los cuerpos en favor del amor intelectual, ni siquiera en la canónica interpretación de Platón en el *Banquete*. El amor de los cuerpos es un momento del camino hacia formas de vínculo más generales, pero incluso los que se quedan en el amor a los cuerpos no por eso resultan estigmatizados.

Además, la construcción platónica insiste en un proceso de engrandecimiento de la perspectiva que resulta sociológicamente interesante. El individuo que asciende por la escalera del

Eros vuelve a los peldaños anteriores y modifica su perspectiva. Es más, Platón señala, como enseña Giovanni Reale en su magistral estudio, que el movimiento de Eros puede manifestarse al margen de los cuerpos, en otros planos de la vida donde la belleza física no tiene papel alguno: “En general, todo deseo de las cosas buenas y de ser feliz es, para todo el mundo, el grandísimo y astuto Eros. Pero unos se dedican a él de muy diferentes maneras, mediante los negocios, la práctica de la gimnasia o la filosofía, y no se dice que amen, ni se les llama amantes. En cambio, los que se orientan hacia aquel fin y se afanan según una sola forma de Eros, reciben el nombre del todo, con los términos vinculados a Eros: amor, amar, amante” (Platón, *Banquete*, 205 D, citado por Reale, 2004). Por comodidad llamamos racionalidad erótica a la que estalla ante la belleza física y la transforma en un proceso de elaboración intelectual y sensual cuyos referentes son cada vez más amplios y complejos —y, por tanto, permiten a Eros sobrevivir incluso sin la presencia de la belleza—. Pero otras inversiones eróticas son posibles y la libido puede investir el conocimiento o la política.

Es más: la elaboración platónica contiene elementos importantes de la crítica intelectual a la capitalización del cuerpo, algo de lo que me he ocupado en los trabajos que presento en este dossier. En la fase final del diálogo platónico vemos a Alcibiades exponer el extraño comportamiento de Sócrates, quien rechaza el comercio corporal con el joven aristócrata. Alcibiades, nos aclara Reale, ejemplifica la práctica erótica que en otro momento del diálogo defiende Pausanias y que consiste en poder acceder al conocimiento por medio de la belleza física. Tal era la visión de la aristocracia, en la cual la lozanía corporal servía de acicate para la transformación cultural y política del amado, con el objetivo de convertirle en un ejemplar completo dentro de la élite ateniense. Sócrates defiende que esa reconversión de capital erótico físico en capital político no es procedente porque no existen equivalentes comunes entre la racionalidad erótica física y la racionalidad erótica política: aceptarlos sería cambiar “armas de oro por armas de bronce” (*Banquete* 218 E, citado por Reale, 2004). Por tanto, Sócrates pone los límites a la presunción de que la belleza física sea el camino para la encarnación de virtudes morales o políticas. Cada plano exige inmersiones propias, muchas de las cuales pueden ser mutuamente excluyentes.

Nada de lo cual aparece en la antropología del ágape, un estado de paz donde los individuos solo pretenden amar —sin perturbarse por ansia carnal alguna— y sin esperar nada a cambio. Ciertamente, Boltanski asume que los individuos difícilmente se encuentran en un estado exclusivo de ágape. Pueden pasar de un estado a otro, y del amor derivar hacia la violencia —cuando el rechazo del don les impide conducirse como amantes y se transforman en depredadores del antaño amado— o hacia la justicia, cuando hacen cuentas de todo cuanto pierden entregándose a quienes los rechazan. En esas transiciones, Boltanski olvida las condiciones sociales de los sujetos, las pautas

de racionalidad amorosa que han interiorizado; sus individuos gozan de una plasticidad absoluta (Boltanski, 2011: 108).

Por otra parte, existe la posibilidad de otras alternativas de vínculo amoroso que la ofrecida por el ágape. Boltanski (2011: 186) caracteriza al amor como algo reñido con la reflexividad, lo cual supone invalidar prácticas centradas en la escritura las cuales, como muestra convincentemente Eva Illouz, durante mucho tiempo condujeron las prácticas de cortejo. Esas prácticas amorosas solo pueden reconocerse dotándose de un corpus histórico de posibilidades menos restringido por el modelo cristiano, asumiendo que éste pueda caracterizarse a través de fuentes teóricas leídas sin contexto y aceptando la perspectiva que ofrecen sobre sí mismas. Aceptar cómo se diferencian del amor erótico, acaba de apuntarse, no va en absoluto de suyo.

Pero la exploración sin anacronismos de cuánto puede inspirarnos el Eros griego es algo que desborda esta presentación de trabajos. Boltanski acierta al rastrear las posibilidades sociológicas que el abandono de ciertos mercados tiene para la construcción de una relación pacificada consigo mismo. Desde ella los individuos comienzan a medirse con otros parámetros y solo entonces resulta posible una resistencia que no puede ser descrita con la fábula de las uvas amargas.

Bibliografía citada

- BILBAO, A. (2000): “El dinero y la libertad moderna”, *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, n° 89, pp. 119-139.
- BOLTANSKI, L. (2011): *L'Amour et la Justice comme compétences*, París, Gallimard.
- BOURDIEU, P. (2016): *Sociologie générale. Volume 2. Cours au Collège de France 1983-1986*, París, Raisons d’agir/Seuil.
- BUTLER, J. (2014): ““Nosotros el pueblo”: reflexiones sobre la libertad de reunión”, Alain Badiou et al., *¿Qué es el pueblo?*, Madrid, Ediciones Casus-Belli.
- CALLON, M., LASCOUMES, P., BARTHE, Y. (2001): *Agir dans un monde incertain. Essai sur la démocratie technique*, París, Seuil.
- CANGUILHEM, G. (1971): *Lo normal y lo patológico*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- COCKERHAM, W. C. (2000): *Sociology of Mental Disorder*, Nueva Jersey, Prentice Hall.
- COLLINS, R. (2009): *Cadenas de rituales de interacción*, Barcelona, Anthropos.
- COUVRY, C. (2015): *Beauté, classe sociale et empowerment (“empotentialisation”). Les jeunes femmes de classes populaires dans les élections de Miss en Normandie*, Tesis doctoral en Sociología, Universidad de Rennes.
- DEJOURS, C. y GERNET, I. (2012): *Psychopathologie du travail*, París, Elsevier-Masson.
- DOMÈNECH, A. (1989): *De la ética a la política. De la razón erótica a la razón inerte*, Barcelona, Crítica.
- FRASER, L. (1997): *Losing It. America’s obsession with weight and the industry that feeds on it*, Nueva York, Penguin Books.
- GIL CALVO, E. (2000): *Medias miradas. Un análisis cultural de la imagen femenina* Barcelona, Anagrama.
- GÓMEZ, J. J. (2015): *The PCI Artists. Antifascism and Communism in Italian Art, 1944-1951*, Newcastle, Cambridge Scholars Publishing.
- HAKIM, C. (2012): *Capital erótico. El poder de fascinar a los demás*, Barcelona, Debate.
- HALL, R. y VAN DEN BROEK, D. (2011): “Aestheticising retail workers: Orientations of aesthetic labour in Australian fashion retail”, *Economic and industrial democracy*, 33(I), pp. 85-102,
- HARVEY, D. (2014): *Guía de El Capital de Marx. Libro primero*, Madrid, Akal.
- HONNETH, A. (2007): *Reificación. Un estudio en la teoría del reconocimiento*, Buenos Aires, Katz.
- ILLOUZ, E. (2007): *Intimididades congeladas. Las emociones en el capitalismo*, Buenos Aires, Katz
- ILLOUZ, E. (2012): *Por qué duele el amor. Una explicación sociológica*, Buenos Aires Katz.
- JAPPE, A. (2011): *Crédito a muerte. La descomposición del capitalismo y sus críticos*, Logroño, Pepitas de calabaza ed.
- JOAS, H. (2013): *La creatividad de la acción*, Madrid, CIS.
- LUKÁCS, G. (1985): *Historia y conciencia de clase (vol. II)*, Barcelona, Orbis.
- MORENO PESTAÑA, J. L. (2010): *Moral corporal, trastornos alimentarios y clase social*, Madrid, CIS.
- OBBER, J. (2008): *Democracy and knowledge. Innovation and learning in classical Athens*, Nueva Jersey, Princeton University Press. Edición Kindle.

- PINTO, L. (2014): "Le capital (d') après Bourdieu", *Sociologie et Philosophie: libres échanges. Bourdieu, Derrida, Durkheim, Foucault, Sartre*, Montreuil-sous-bois, Ithaque.
- RANCIÈRE, J. (1996): "Le concept d'anachronisme et la vérité de l'historien", *L'Inactuel* 6, 1996, pp. 53-68.
- REALE, G. (2004): *Eros, demonio mediador. El juego de las máscaras en el Banquete de Platón*, Barcelona, Herder. Edición Kindle.
- RODRÍGUEZ, J. C. (1994): *La literatura del pobre*, Granada, Comares.
- SEARLE, J. R. (1997): *La construcción de la realidad social*, Barcelona, Paidós.
- SINTOMER, Y. (2011): *Petite histoire de la l'expérimentation démocratique. Tirage au sort et politique d'Athènes à nos jours*, París, La Découverte.
- TAUSIG, M. y FENWIK, R. (2011): *Work and Mental Health in social context*, Nueva York, Springer.
- VANDEBROECK, D. (2015): "Distinctions charnelles. Obésité, corps de classe et violence symbolique", *Actes de la recherche en sciences sociales*, n° 208, pp. 14-39.
- WALKER, C. y FINCHAM, B. (2011): *Work and Mental Health crisis in Britain*, Oxford, Wiley-Blackwell. Edición Kindle.
- WOLF, N. (1991): *El mito de la belleza*, Barcelona, Emecé.

Aportaciones incluidas en el dossier